

Mi un beso



Adella Brac

Ni un beso

Adella Brac

Título: Ni un beso

Serie: Arte

Autora: Adella Brac

© del texto, Adella Brac, 2023

© ilustraciones de cubierta, JillWellington y GDJ en Pixabay

© diseño de cubierta, Adella Brac

Primera edición: noviembre de 2023

Todos los derechos reservados.

Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro mediante cualquier medio electrónico o mecánico sin autorización por escrito de la autora, además de cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de su propiedad intelectual.

La infracción de los derechos de difusión de la obra puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

ÍNDICE

[Venus y Marte, Sandro Botticelli](#)

[Los amantes I, René Magritte](#)

[The Birthday, Marc Chagall](#)

[Beso V, Roy Lichtenstein](#)

[El beso, Edvard Munch](#)

[El beso, Pablo Picasso](#)

[El beso, Constantin Brancusi](#)

[En la cama: el beso, Henri de Toulouse-Lautrec](#)

[El beso, Auguste Rodin](#)

[El beso, Francesco Hayez](#)

[El beso, Gustav Klimt](#)

[Baile en el Moulin de la Galette, Pierre-Auguste Renoir](#)

[Agradecimientos](#)

Para la verdadera Cris, porque sin ella esta historia no existiría.

Venus y Marte, Sandro Botticelli

National Gallery. Londres.

Entro en la tintorería con el bolso, la bandolera del portátil en el hombro izquierdo y la bolsa de la compra en la mano derecha; salgo con el bolso, el portátil, la bolsa de la compra y dos bolsas de ropa en cada mano.

Está claro que una de mis virtudes es la de mantener el equilibrio cargada como una mula. Porque eso es lo que me siento ahora mismo, una bestia de carga.

Avanzo hacia el portal de mi casa imaginándome como *El portador de flores* de Diego Rivera.

A medio camino paso por delante de la galería de arte. Lleva años aquí y sin embargo nunca me he atrevido a entrar. Creo que removería demasiadas cosas dentro de mí y me falta valor. Un enorme cartel en el escaparate llama mi atención.

Me detengo y aprovecho para liberarme de parte de mi carga.

La exposición que están anunciando lleva el nombre de *El beso millennial de Klimt* y, por lo visto, consiste en una serie de reinterpretaciones del cuadro original por un grupo emergente de artistas. Se anuncia como el gran acto de despedida antes del inminente cierre del negocio.

El móvil vibra en mi bolso. Es Ana.

—Me aburro, ¿qué haces tú?

—Jajaja. Pues ahora mismo estoy delante de la galería de arte que hay en mi calle.

—¿Esa a la que nunca te atreves a entrar?

—Pues ahora voy a hacerlo. O sea, ahora mismo no, pero resulta que va a cerrar y hay una exposición molona sobre el beso de Klimt, así que es mi última oportunidad.

—Me apunto. ¿Hasta cuándo está?

—Pues... ah, hoy es el último día. Cierran en una hora.

—Entra, Mónica. Me mantengo al teléfono y me lo cuentas, así podré certificarlo.

—Pero es que voy cargada con la ropa del tinte y la compra.

—¿Tienes algo congelado o que necesite nevera?

—Creo que no. —Echo un vistazo a la bolsa repasando mentalmente los productos—. No.

—Pues hazlo. ¡Hazlo, hazlo, hazlo!

Silencio la llamada conteniendo la risa, recupero las bolsas y entro como un elefante en una cacharrería.

En el local hay un silencio que me da miedo romper. Una mujer me mira con una sonrisa desde detrás de un mostrador. Lleva un lado de la cabeza rapado y un pendiente en el cartílago

de la oreja izquierda.

Me quedo embobada mirándolo. Hace años yo también quise hacerme uno, pero lo descarté porque a Marcos no le gustan las perforaciones. Siempre dice que ya tenemos agujeros suficientes en el cuerpo.

—Buenas tardes. —Su voz dulce llama la atención por el contraste que supone con su aspecto *rockero*.

—Hola. ¿Puedo dejar estas bolsas aquí mientras echo un vistazo?

—¡Claro!

Me señala un rincón y dejo todos mis bártulos en el suelo. Le doy las gracias y recupero la llamada mientras me interno entre las obras que componen la exposición.

—Ya estoy dentro.

Oigo a Ana aplaudir a través de la línea.

—¿Ves como no ha pasado nada? ¡Es que no entiendo por qué tantos reparos!

—Lo que pasa es que estar rodeada de arte me hace recordar todo lo que dejé atrás. Y duele.

—Pero ha sido por una buena causa, ¿no? Por formar una familia con Marcos. Por cierto, ¿cómo va el proyecto bombo?

—Va y punto. De hecho, estoy ovulando, así que hoy toca.

—¡Chica, qué entusiasmo! ¿De verdad estamos hablando de sexo? Por tu tono parece algún tipo de tortura.

—Es que estoy cansada de intentarlo. Es duro.

—Me imagino. Pero tienes que pensar en lo feliz que serás el día que tengas a tu bebé en brazos.

Un escalofrío me recorre la espalda.

—Bueno, te dejo, voy a disfrutar de la muestra.

—Pero, no, cuéntame, cuéntame.

—Ya te haré un resumen, besos.

—Vale, pero por escrito, no menos de diez mil palabras. Disfruta.

Me tomo mi tiempo delante de cada cuadro, de cada escultura. Estar aquí me lleva al pasado, justo como me temía. Me hace recordar mis años en la facultad de Historia del arte. Desde el primer año supe que quería hacer el doctorado, incluso tenía el tema de mi tesis: el beso en el arte.

Pero el proyecto se quedó en un sueño el día que el padre de Marcos sufrió un ictus y él me pidió ayuda porque tenía que hacerse cargo de la empresa. Dejé a un lado el mi vocación y me formé como contable. Yo, que de adolescente odiaba los números.

La mujer del pendiente se acerca cuando estoy observando la última de las obras y, no sé cómo, termina contándome que pone en traspaso la galería porque se va a mudar al sur.

Aprovecho para preguntarle algunas curiosidades. Es agradable poder hablar de arte con alguien tan apasionada por el tema como yo.

Un poco antes de la hora de cierre me despido dando de nuevo las gracias y salgo a la calle. Bolso, portátil, bolsa de la compra y una, dos, tres, cuatro bolsas del tinte. Todo en orden. Echo a andar hacia casa y aprovecho para repasar mentalmente las tareas que han quedado pendientes para mañana.

Abrir el portal del edificio es peor que una partida de Tetris a velocidad por cuatro. Pulso el botón del ascensor con el meñique y subo un poco más el hombro derecho para evitar que el bolso se me escurra y arrastre el portátil al suelo.

Al salir del ascensor, mi suegra está esperándome en la puerta de su casa, parece como si pudiera olerme. Vivir en la misma planta que mis los padres de Marcos nunca me pareció buena idea, pero el edificio es de la familia: primos en los primeros, tíos en los terceros y la segunda planta para nosotros cuatro. ¡Cómo negarse! Aunque no es que él se planteara hacerlo de todas formas.

—Mónica, necesito que entres más temprano mañana. Van a llamar los japoneses y tú eres la que mejor se entiende con ellos. Ya sabes que hablan un inglés muy raro, no es el que Marquitos ha estudiado.

Si supiera que su hijo se escaqueaba de las clases para ir a verme me echaría también la culpa de su falta de bilingüismo. Mejor que esta información se quede entre nosotros.

—Mañana tengo cierre de nóminas, ya me va a tocar quedarme por la tarde.

—¿Y cuál es el problema? Estás trabajando para ti.

No exactamente.

—Bueno, vale, me reorganizaré. ¿A qué hora?

—A las cuatro.

—¿De la mañana?

—Es lo más tarde que pude conseguir, allí comen muy temprano y con la diferencia horaria, pues te va a tocar madrugar.

O no dormir.

—Pues mejor me voy a la cama ya, hasta mañana.

Mi suegro la llama desde el interior de la vivienda y ella me hace un gesto con la mano y cierra la puerta. Tomo aire y lo suelto lo más despacio que puedo. Mañana me espera un día largo.

Me giro hacia la puerta de mi piso, abro y entro. Por suerte ya estoy en casa, no habrá más sorpresas hoy.

Veo luz en nuestro dormitorio, así que suelto todo en el suelo y me quito la falda, las medias y la camisa. Sabía que hoy habría mambo, así que llevo puesto un conjunto de encaje negro. Me

apetecía sentirme sexi.

Me dejo la ropa interior, vuelvo a ponerme los tacones y camino sintiéndome una diva hasta la puerta de la habitación.

Meto tripa haciendo que mis pechos se eleven, adopto una postura sensual y empujo con suavidad la puerta.

Marcos está tumbado boca arriba, su rostro parece el de Santa Teresa en el Éxtasis de Bernini, pero lleno de sudor. Sobre él, montándolo como una experta jinete veo a Daniela, la nueva becaria.

En *shock*, doy un paso en silencio hacia atrás y busco el apoyo de la pared en mi espalda. Me dejo caer con suavidad mientras las lágrimas empiezan a deslizarse por mi rostro.

Oigo gritar a Marcos:

—¡Me corro!

Entro en la que era mi habitación de niña y la nostalgia me lanza a la cara multitud de recuerdos. Dejo mi maleta al lado del armario y me tiro en plancha boca abajo sobre la cama. Querría llorar, pero siento que ya no me quedan lágrimas.

Marcos me está poniendo las cosas difíciles. Yo necesito que me finiquite para poder cobrar el paro mientras pienso qué hacer con mi vida, pero él insiste en que sería un coste inasumible para la empresa y que si soy yo la que me quiero ir debería presentar mi renuncia.

Si soy yo la que me quiero ir, dice, con sus dos huevazos.

El anillo se me clava entre los pechos, una buena metáfora. Me incorporo y lo rescato de debajo de la camisa. Es mi alianza de casada, me la quité cuando engordé porque me negaba a ponerle más oro. Eso sería admitir que nunca más volvería a adelgazar y no estaba dispuesta.

Suelto la cadena, quito la alianza y me vuelvo a poner el cordón. Me gusta, ya encontraré algo que pueda lucir en ella.

Sostengo el anillo en la palma de mi mano, como sopesándolo. Tengo una presión en el pecho desde que me enfrenté a Marcos y ahora aprieta fuerte.

—¿Necesitas algo? —Mi madre está en el vano de la puerta y me observa con mirada lastimera.

—Un abrazo.

Me levanto y nos encontramos a medio camino para fundirnos la una en la otra. Ahora sí que me siento como una niña. Las lágrimas comienzan a fluir de nuevo.

Minutos después el sonido de mi móvil nos hace desenlazarlos.

—Voy a preparar chocolate —dice mi madre mientras me seco el rostro con el dorso de las manos.

—Ahora bajo.

Rescato el móvil del bolso, es Cristina.

—Me ha dicho Ana que Marcos se está poniendo gilipollas, ¿cómo estás?

—Bien, ella me está ayudando con la negociación del divorcio. No tenía ni idea de que todo fuera tan complicado, con toda esa palabrería, y no tengo el cerebro ahora mismo para eso. —Me siento en la cama, abro el cajón de la mesita y revuelvo distraída entre las cosas—. Pero bien, poco a poco.

—Insisto, ¿por qué no te vienes una temporada a casa? Podemos organizar pijamas *party* todas las noches.

—Suenan bien, pero de momento me voy a quedar aquí.

—¿No se hace raro estar ahí?

—Un poco. Pero es el lugar seguro que necesito ahora.

—¡Ojalá tener yo eso!

—Ya sabes que puedes venir aquí cuando quieras, hace años que mi madre te adoptó como hija.

—Es verdad. Creo que en realidad me quiere más a mí.

Oigo su risa profunda a través de la línea. Cris no se ríe mucho, por eso me gusta tanto escucharla.

—Ay, te tengo que dejar, que me está llamando mi jefa la buenorra.

—Jajaja, vale, hablamos.

Cuelgo e inmediatamente vuelve a sonar, esta vez es Ana.

—Espero que te estés masturbando.

—¿A estas horas?

—Siempre es buena hora para darse un poco de amor.

—¡Hostia! ¿Sabes lo que acabo de encontrar?

—¿Un consolador?

—No, esos me los llevé cuando me mudé —contesto sacando el cuaderno del cajón—. Mi proyecto de doctorado: el beso en la historia del arte.

—Suenan romántico, te pega. Yo solo conozco el de Klimt.

Empiezo a pasar las páginas del cuaderno alucinada, no sé cómo había olvidado esto.

—Hay más, pero mi tesis se basa en diez obras: Magritte, Chagall, Lichtenstein, Munch, Picasso, Brancusi, Toulouse-Lautrec, Rodin, Hayez y, por supuesto, Klimt. Hay que recorrer media Europa y visitar Estados Unidos para verlas todas. Madre mía, ¡la ilusión que me hacía esto! Ya tenía el viaje planeado cuando planté todo.

—¿Y por qué no lo haces ahora?

—¿La tesis?

—Claro. Es algo que te hacía ilusión y tuviste que dejar de lado por Marcos, me parece una manera perfecta de recuperar tu vida. Además, ¿qué otra cosa tienes que hacer?

—¿Sabes qué? Tienes razón. Voy a darle un repaso a los contactos que tengo guardados, seguro que todavía queda por allí alguno de los que conocía.

—Me parece perfecto, te dejo para que te pongas a ello. Yo voy a llamar a Luis, que me han entrado ganas de sexo —dice y me cuelga.

Me quedo un momento con el cuaderno en una mano y el móvil en otra. Una sonrisa se dibuja en mi cara.

Voy a la última página del cuaderno y hago algunas llamadas. El catedrático que iba a ser mi director de tesis, Abel Grela, todavía está en la universidad, aunque este es su último año antes de la jubilación. Logro hablar con él y se acuerda de mí. Dice que lamentó que no pudiera terminar mi proyecto y que le encantaría dirigir mi tesis. Hoy es el último día de admisión, pero mi universidad se ha modernizado y puedo realizar todos los trámites *online*. El chocolate debe de estar ya frío, pero soy oficialmente doctoranda.

Este conjunto de casualidades lo interpreto como una señal del destino. ¡Todo va a ir bien!

Los amantes I, René Magritte

Museo de Arte Moderno. Nueva York.

¡Nada va bien! Mi director me ha endosado a un adjunto, un tal Alexander al que ni he visto en foto. Me va a acompañar durante todo el proyecto y va a actuar como mi director de tesis a todos los efectos. Cuando mi profesor me pidió la planificación del viaje no me imaginé semejante traición. Ha copiado mi información de fecha de salida y vuelo. La diferencia es que en su caso paga la universidad.

Me esperan once horas de viaje a su lado. Me traía el Kindle cargado de novelas románticas y ahora me temo que tendré que ser amable y darle conversación.

Ah, creo que es ese.

Está buenísimo, pero tiene una cara de mala hostia que tira para atrás.

—Hola, soy Alexander. ¿Tú eres la doctoranda de la que tengo que ser niñera?

Es gilipollas.

Asiento y me obligo a sonreír. Me encantaría ser como Ana, siempre se le ocurren las respuestas más ingeniosas. Sería maravilloso tener una de esas ahora.

Anuncian por megafonía nuestro vuelo y nos dirigimos a la puerta de embarque.

Me sitúo detrás de él en la fila. Lleva una camiseta que se le tensa un poco entre los omóplatos cuando se mueve y unos pantalones negros que le hacen un culo de vicio.

Se vuelve hacia mí para preguntar algo, pero no oigo su voz, solo puedo enfocarme en el movimiento de sus labios. Bajo por su pecho, que se adivina firme bajo la ropa y termina en un estómago que imagino planísimo. Mis ojos sortean el cinturón y se detienen en el bulto entre sus piernas. Hace calor aquí, ¿no?

—¿Estás sorda o eres idiota?

—¿Qué?

Suspira.

—Te preguntaba si eres de esas a las que les da miedo volar. No quiero que te agarres a mí y me arrugues la ropa.

—Me mantendré en mi asiento, no te preocupes.

¡Oh, espíritu de Ana, poséeme y ayúdame a machacar a este imbécil!

Entro justo detrás de él comprobando de nuevo que tengo asiento de ventanilla. Cuando llegamos, Alexander se deja caer en mi plaza. Hago ademán de protestar, pero me corta.

—No te importa que nos intercambiamos el sitio, ¿verdad? Es que si voy en pasillo me mareo.

Asiento en silencio. No le odio tanto como para provocarle un mareo, ¿o sí?

En cuanto me acomodo saco mi Kindle y hundo la nariz en él, no pienso darle conversación. Alexander también parece dispuesto a pasarse el vuelo sin hablarme. Se ha puesto unos AirPods y ha cerrado los ojos.

Cuando anuncian el despegue detengo mi lectura para no perdérmelo. Es mi momento favorito.

Me inclino sobre Alexander manteniendo el equilibrio para no tocarlo. El muy idiota sigue con los ojos cerrados. ¿Quién pide ventanilla si no va a disfrutar de las vistas?

Nos desplazamos sobre la pista cada vez a más velocidad hasta que siento el tirón en mi estómago cuando perdemos el contacto con el suelo. Sonrío de manera automática hasta que la nave se estabiliza horizontalmente.

Entonces me fijo en Alexander, me está mirando con el ceño fruncido.

—Regresa a tu asiento.

Suena como un padre enfadado. Querría responderle que para empezar ESE es mi asiento, pero lo único que me sale es hacer una mueca y volver a mi sitio. ¡Maldito!

Vuelve a cerrar los ojos y yo regreso a mi novela. El trayecto se me hace cortísimo gracias a Sir Wyndham, el protagonista masculino de mi novela romántica favorita: *Edenbrooke*, de Julianne Donaldson. Es mi placer culpable, el lugar al que regreso cada vez que la vida me golpea demasiado duro.

Aterrizamos sin brusquedad en el JFK y siento hormigueo por todo el cuerpo. ¡Al fin estoy en Nueva York! La aventura empieza aquí.

De camino a la salida la emoción se empaña al descubrir que Alexander tiene habitación en el mismo alojamiento que yo.

—El profesor Grela ha copiado tu itinerario para hacer las reservas para mí —aclarar—. Voy a estar en el mismo hotel que tú durante todo el viaje.

¡Pues fantástico!

Compartir taxi parece lo más lógico así que no puedo negarme. Le doy las indicaciones al conductor con una pronunciación algo torpe y justo después, como si tuviera que dejar claro que él domina el lenguaje, se pone a preguntarle datos sobre la ciudad con acento nativo.

Me acomodo y observo Nueva York en silencio.

El hotel es estupendo, me voy a fundir mis ahorros en este viaje, pero creo que lo merezco.

Alexander y yo estamos en la misma planta, aunque por suerte a una buena distancia.

Cuando compruebo que la habitación es justo lo que esperaba deshago la maleta. Odio que la ropa se arrugue. Al acabar me lanzo sobre la cama como si quisiera hacer un ángel de nieve en el edredón.

Dan dos golpes en la puerta. Suspiro y me levanto a abrir esperando que no sea el pesado de

Alexander. Hay un botones retorciéndose las manos al lado de un señor mayor con pinta de estar agotándosele la paciencia.

El botones me explica que ha habido una confusión, por un error técnico mi habitación se ha reservado dos veces. Mi reserva entró medio segundo después de la del señor poca paciencia así que debo cedérsela. Sé que Ana apelaría a que yo he sido la primera en hacer el *check-in* pero el botones me da pena, parece atribulado.

Les pido que me den unos minutos para recoger mis cosas, pero antes de que me dé tiempo a cerrar la puerta el señor entra con una maleta enorme y arroja su abrigo sobre la cama.

Rehago mi equipaje lo más rápido que puedo, nunca me había sentido tan violenta.

El viejo se ha quitado los zapatos y sus pies no huelen precisamente a rosas. El botones me deja mi nueva llave en la mesita de la entrada y se larga corriendo, menudo traidor.

Descubro que mi nueva habitación está un piso más abajo y al menos dos niveles de confort por debajo. Esto no es lo que he pagado, pero estoy demasiado cansada para protestar. Vuelvo a deshacer la maleta y me meto directamente en la cama.

Me levanto temprano y desayuno con calma en la cafetería del hotel, quiero ir acostumbrándome al acento. Estos americanos pronuncian de una manera muy diferente a los japoneses y me cuesta entender algunas palabras. Alexander no aparece por ningún lado. No es que esté deseando que lo haga.

No es que esté pensando en él siquiera.

¿Por qué estoy pensando en él?

El sonido del móvil me da un respiro. Son Cris y Ana, que han iniciado una videollamada a tres.

—A ver qué vais a decir, que estoy en un lugar público.

—Pero nadie nos entiende, ¿no? —pregunta Cris.

—En Nueva York hay mucho hispano —indica Ana—, así que mejor no hablemos de juguetes sexuales ni masturbación, los americanos tienen problemitas con las cosas que se meten en agujeros.

—Creo que he llegado en la mejor parte de la conversación.

La voz masculina hace que suba la temperatura de mi rostro.

—Bueno, luego seguimos hablando, chicas.

—¡Pero si no hemos hablado nada! —protestan a dúo.

Cuelgo sin más y me enfrento a Alexander. Está concentrado en la carta. Una chica jovencísima se acerca a tomarle nota. Tiene la misma cara de niña que no ha roto un plato que Daniela. Él le sonríe y me siento furiosa. No debería sentirme así. Me importan un pepino sus

sonrisas. Pepino, pepino... No, no pienses en juguetes sexuales, Mónica. ¡Maldita Ana!

—He ido a buscarte a tu habitación y me ha abierto un señor raro. No sabía que te gustaban maduritos —levanta las manos en gesto de defensa—. No te juzgo, qué conste.

—Ha habido una confusión con las reservas y me han dado otra habitación, y no sé por qué te lo explico porque no te importa.

—Bueno, necesito saber en qué habitación estás por si hay una emergencia en medio de la noche y tengo que ir a rescatarte.

—No te preocupes, puedo rescatarme sola, no querría agarrarme demasiado fuerte a ti y arrugarte esa camisa, con lo bien que te queda. ¿Es seda? —Deslizo la mano por su brazo, él tensa los músculos y noto su bíceps ponerse duro bajo mi palma. Suelto un respingo y me levanto dando un golpe a la mesa que hace vibrar las copas—. Disfruta de tu desayuno. Nos vemos en el MoMA.

Alargo el paseo, necesito que el frío del exterior apague el fuego que se ha encendido en mi bajo vientre.

Aun así, llego demasiado pronto al museo, todavía no han abierto las puertas al público, aunque los empleados ya están entrando.

Hago tiempo paseando por los alrededores. Aunque todavía estamos en noviembre ya han empezado a instalar las luces de Navidad. Es la primera vez que estoy en Nueva York, debería disfrutar de la ciudad. Marcos nunca quería hacer nada, aseguraba que en ningún sitio se estaba mejor que en casa. Estaba hablando, por supuesto, del edificio de su familia, rodeados de sus padres, sus tíos y su larga lista de primos a cada cual más insoportable.

Una mujer joven que se inclina sobre un carrito de bebé llama mi atención. Está haciéndole carantoñas y se ríe. Veo las manitas del pequeño asomando. Mis pasos vagabundos me llevan más cerca de ellos y escucho los gorjeos del chiquillo. No siento instinto maternal, solo tengo la sensación de que me he quitado un gran peso de encima. Hijos, otra cosa que quise solo porque Marcos lo quería, sin pararme ni un segundo a pensar qué significaba para mí.

Paso de largo y los sonidos de risas son sustituidos por el viento entre las ramas de los árboles. Sí, mucho mejor. Me siento en paz.

El paseo resulta reconfortante pero toca ponerse al lío. Entro en el museo y atravieso sus espacios inmensos, de una blancura alucinante, hasta llegar a mi destino.

Me encuentro frente a *Los amantes*, de René Magritte. Esta obra siempre me ha perturbado. La madre del artista se suicidó ahogada en un río y esos velos húmedos sobre los rostros de los personajes aluden sin duda a esa muerte. Incluso sin esa información la imagen transmite angustia. El amor es aquí asfixia, como lo fue para mí durante mucho tiempo con Marcos. Siento

que en esta ciudad, a más de cinco mil kilómetros de casa, puedo empezar a respirar.

—Perturbador, ¿verdad? —susurra Alexander a mi lado.

Pego un respingo. Estaba tan concentrada en el óleo que no le había oído llegar.

—Sí, siempre me lo ha parecido.

—Pero muy potente al mismo tiempo. Siento que no puedo respirar cuando los miro.

—Por eso se considera una obra de arte, porque ha trascendido el tiempo. Porque después de cien años, su mensaje sigue teniendo sentido.

—¡Gracias por la clase de arte, doctoranda!

Hay burla en su tono de voz, pero también diversión.

—Perdona, pensaba que estábamos compartiendo nuestro amor mutuo por Magritte.

Saco el iPad para zanjar la conversación y me dispongo a ignorarlo mientras tomo algunas notas sobre lo que esta obra me hace sentir.

—¿Puedo echar un vistazo?

Alexander se ha situado a mi espalda y se inclina sobre mi hombro derecho tratando de leer. Aprieto el iPad contra el pecho y la pantalla chirría al rozarse contra los botones metálicos de la gabardina.

—Solo son algunas ideas, te lo mostraré cuando tenga la versión definitiva.

—Claro, no hay prisa.

Giro la cabeza hacia él sorprendida por ese ramalazo de respeto y educación. Creo que no es consciente de mi mirada porque está profundamente abstraído en la pintura. Noto un brillo en sus ojos que identifico enseguida porque es el mismo que me provoca a mí la contemplación de esta obra. Retomo la observación del lienzo disfrutando de este momento de paz.

Me han vuelto a cambiar de habitación, esta es peor todavía, pero una llamada a tres con mis amigas me salva el día.

—¿Cómo vas, mala pécora? —saluda Ana.

—¿Ya te ha dicho tu director cómo te va a evaluar? —pregunta Cris.

—No sé, es un tío un poco raro. Hoy mientras yo estaba tomando notas en el iPad ha sacado un bolígrafo y un bloc de notas del bolsillo interior de su chaqueta y se ha puesto a escribir, luego me ha echado una mirada de arriba abajo y ha seguido escribiendo.

—Ver a alguien escribir a mano me parece súper sexi —dice Ana.

—Puede que estuviera poniéndote nota —reflexiona Cristina. Me entra la risa floja al pensar que es posible—. ¿Si fuera así, cuál crees que mereces?

—¡Suspense! —decide Ana—. Ya me lo imagino en mangas de camisa y bóxers, azotándote sobre su escritorio por haber sido una niña mala. Ummm, ¡sí, nene, dame más!

—¿Por qué iba a estar en camisa y bóxers? Eso no tiene sentido —interrumpe Cristina.

—¿Siempre te pones tan quisquillosa con las fantasías sexuales?

—Es que no tiene sentido, o solo bóxers o camisa y pantalones, pero esa mezcla, no.

Se enzarzan en una discusión sobre la vestimenta de mi supuesto nuevo mito erótico, pero ya no presto atención, me estoy imaginando de bruces contra la mesa de madera, sintiendo el borde clavándose en mis muslos, el aliento de Alexander en mi cuello diciéndome todo tipo de cosas sucias y el escozor de su mano en mi trasero.

—Eh, ¡deja ya de imaginarlo!

The Birthday, Marc Chagall

Museo de Arte Moderno. Nueva York.

Nos encontramos de nuevo en el MoMA, pero esta vez delante del beso de Marc Chagall.

Amo la poesía que hay en el hecho de que el personaje masculino, el propio artista, desafíe las leyes de la gravedad impulsado por el amor hacia su pareja.

Saco mi iPad anotar esa idea. Alexander se inclina hacia mí tratando de leer algo, me giro poniéndome lejos de su alcance, bufa y se dedica a pasear por la sala observando el resto de los cuadros. Parece que ya se le ha terminado la paciencia, ¡qué poco le ha durado!

Le echo miradas a hurtadillas y empiezo a hacer una lista de las posturas sexuales que me gustaría practicar con él.

¿Qué me pasa? Parezco una adolescente víctima de sus hormonas.

—Bueno, ya. Déjame leer lo que has escrito, tengo que supervisar tu trabajo.

Se acerca a zancadas y apenas acierto a borrar la lista antes de que me arranque el iPad de la mano.

Empieza a hacer correcciones sobre mis notas y me siento como si estuviera en la universidad de nuevo. Mis pensamientos están a punto de situarme en una escena de película porno que implica un profesor y un uniforme de colegiala cuando él me devuelve el dispositivo.

Mis notas están llenas de correcciones y asteriscos con mensajes al margen.

—Tienes que profundizar más sobre el significado de la obra, te quedas en la mera anécdota.

—Mira al frente y continúa hablando—. Se lo dije a Abel, esta tesis no tiene sentido si no eres capaz de aportar nada nuevo. Dilapidamos los fondos de la universidad en viajes superfluos.

—La universidad no me paga nada.

Parece que mi frase interrumpe el discurso de sus pensamientos. Se gira de nuevo hacia mí.

—¿No estás becada?

—No.

—¡Entonces eres más idiota todavía de lo que pensaba!

Le doy la espalda y acelero el paso para alejarme lo más rápido posible de sus carcajadas que suben de volumen, reverberan en las paredes y me persiguen como un eco.

Cuando llego a la habitación del hotel descubro que se han olvidado de hacerme la cama. En realidad es lo de menos, no ha pasado nadie por aquí y no tengo toallas limpias ni apenas papel

higiénico.

Debería llamar y quejarme y sin embargo me apaño con el paquete de pañuelos de papel que llevo en el bolso.

Saco los documentos del divorcio y los repaso sobre el colchón. Comienzo a llorar y me seco las lágrimas con las sábanas porque no me quedan pañuelos.

Solo quiero que acabe y la manera más rápida es que firme de una puta vez estos papeles. Presiono el bolígrafo contra el primer folio, pero me detengo.

Marcos me va a dejar sin nada y necesito dinero para empezar de nuevo. No estoy reclamando más que la indemnización que me corresponde por mi trabajo. No he pedido nada que no merezca, pero se ve que darme una buena patada es el pago por los años que dediqué a ayudarle a hacer crecer la empresa de su familia. El agradecimiento por haber abandonado mi carrera para apoyar la suya.

Lanzo los papeles contra la pared. Estoy cansada de doblegar mis deseos ante los de los demás, de que otros dirijan mi vida, decidan por mí. Estoy frustrada por haber abandonado mis sueños, por haberme abandonado a mí misma, por haberme traicionado. Estoy rabiosa por nunca ponerme a mí por delante y no quiero hacerlo más.

—Nueva York, eres testigo, nunca más —le grito a la ventana.

Desde la habitación de al lado aporrean la pared a modo de protesta.

—*Fuck you!* —contesto sin pensar y luego me quedo paralizada, temiendo que vengan a la puerta a pedirme explicaciones.

No sucede nada y tras unos minutos tensos me relajo y me entra una risita floja.

Rescato mi iPad del bolso y abro un documento en blanco, una nueva vida se presenta ante mí y tengo mucho que planificar.

No he dormido una mierda y cuando consigo pegar ojo suena el despertador. A las siete tengo que coger el vuelo a Seattle, Lichtenstein me espera. Me emociona mucho, pero también tendré que volver a ver el careto de Alexander y eso me enfada más todavía.

Al hacer el *check-out* el recepcionista me pregunta qué tal la estancia, en un primer momento pienso en contestar que bien y evitar cualquier conflicto o polémica, pero eso no es lo que contestaría la nueva Mónica, así que le suelto una retahíla de quejas. Manteniendo siempre la cortesía, por supuesto, que el pobre no tiene culpa de nada. Me escucha atónito y me pide mil disculpas. Me sirve. Le doy las gracias por su atención y cojo un taxi que me lleva al aeropuerto.

En el mostrador de facturación me encuentro de frente con Alexander. Nos saludamos con cortesía. Parece que tiene la decencia suficiente como para sentirse avergonzado por su actitud de ayer conmigo.

Trato de mirarlo lo mínimo. Todavía no quiero perdonarlo. Como si estuviera planificado de antemano cada uno toma un camino diferente. Está claro que a ninguno nos apetece hablar.

Me dirijo al primer local que veo para tomarme un *macchiato* mientras espero mi vuelo.

Tras el primer sorbo saco el iPad y recupero el documento que guardé ayer. O más bien, hoy de madrugada. Ya tiene más de diez páginas.

Lo primero que hago es localizar en internet el teléfono de la galería y llamar. Por supuesto, no contesta nadie.

¿Cuál de mis amigas estará más ociosa un martes a las nueve de la mañana? Como no lo tengo claro hago una videollamada a tres.

—¡Buenos días, mala pécora! ¿Dónde te has dejado al buenorro? —empieza Ana.

—¿Dónde estás? ¿Sigues en Nueva York? —pregunta Cris.

—Estoy esperando el vuelo a Seattle y ¡del buenorro ni me hables!

Lo digo en un tono más alto del que me hubiera gustado y por precaución echo un vistazo a mi alrededor por si Alexander estuviera cerca, pero no lo veo y, aunque estuviera, el ruido de fondo de la cafetería habría acallado mis palabras.

—¿Qué ha pasado? —pregunta Cris.

—Que es un gilipollas, pero ya lo sabía y, además, os llamo para algo importante, necesito un favor.

—Adelante.

—Dale, nena.

—¿Quién está libre ahora para una pequeña excursión?

—¿Tiene que ser ahora mismo? —pregunta Cris—. Tengo una reunión en cinco minutos.

—A mí cualquier momento me parece bueno para escaquearme un rato del curro, ya lo sabes —explica Ana—. Le diré a mi jefe que me ha bajado la regla, los tíos nunca te cuestionan eso. ¿A dónde necesitas que vaya?

—¿Te acuerdas de la galería de arte que está en mi calle? En mi antigua calle, quiero decir.— Cuesta dejar atrás algunas cosas cuando tu vida cambia tanto en tan poco tiempo.

—La que se traspasaba, sí.

—Espero que todavía se traspase porque me la voy a quedar.

Me muerdo los labios y espero su reacción. Si mis amigas fueran juiciosas, si fueran personas sensatas, me lo desaconsejarían. Empezarían preguntándome con qué dinero pienso hacerlo. Cuál es mi plan de negocio, mi previsión de gasto. Son cuestiones importantes que llevo toda la noche pensando. Pero mis amigas no son juiciosas ni sensatas. Pegan un grito al unísono y Ana empieza a jalearme.

Son las mejores amigas del mundo.

Me río a carcajadas y no me importa que la gente me mire.

Cuando conseguimos serenarnos Cristina se despide, la están llamando ya.

Ana me pone en silencio y va a avisar a su jefe de que se marcha.

Cambio el vídeo a llamada de voz, me pongo los AirPods y empiezo a jugar con el sobre del azucarillo mientras espero. Llevo años tomando el café sin azúcar y siempre olvido avisar a los camareros.

—Nena, te pongo en el manos libres, ¿vale?

Oigo de fondo el motor de su Harley. Quiere a esa moto como si fuera su hija. De hecho, creo que si tuviera una hija no la cuidaría tanto como a esa bestia de acero.

El trayecto es corto. El despacho de abogados donde Ana trabaja no está muy lejos de la galería y sé que mi amiga le saca todo el partido al hecho de ir sobre dos ruedas, colándose por lugares donde un coche no cabría. Lo sé porque he ido muchas veces con ella. Y aunque en alguna ocasión durante algún viaje he contenido el aliento por una maniobra ajustada confío plenamente en ella. Pondría mi vida en sus manos. Probablemente lo haga cada vez que me subo con ella a la Harley, pero tampoco vamos a sacar el tema. No hace falta.

—Ya estoy aquí, la puerta está cerrada y los cristales medio cubiertos por papel de embalar. Voy a acercarme a ver si hay movimiento dentro.

—Sí, por favor. —Si fuese creyente ahora estaría rezando, pero como soy súper atea no me queda otra que esperar.

—Creo que hay alguien. Es una chica.

Una pequeña ola de granitos de azúcar se desparrama por mi mano, he manoseado y apretado tanto el sobre que se ha roto. Deslizo una palma sobre otra para deshacerme del azúcar.

Oigo cómo Ana da dos golpes en la puerta y a los pocos segundos escucho una voz de fondo.

—¿Tiene un *hélix*? —pregunto para verificar si es la misma chica con la que hablé.

—Sí. Me dice que han recibido una oferta. Espera, te la paso. Se llama Elba, por cierto.

Me quedo helada. No puede ser que haya llegado tarde, no puede ser. Anoche lo tuve tan claro que estaba segura de que iba a salir. Pero quizá no esté todo perdido, si puedo superar la oferta todavía puedo conseguirlo. Toca negociar.

La conversación es breve. Se acuerda de mí y me da la sensación de que le gusté. De que le gusto más que la persona que le ha hecho la propuesta. Me informa de que no hay nada firmado y que si supero la cantidad que le han ofrecido el negocio será mío. Pero es una cifra alta. Muy alta. No me llega lo que me queda de mis ahorros, necesito que el cabrón de Marcos me dé lo que me corresponde.

No le cuento nada de eso a ella, claro. Al contrario, le aseguro que tengo el dinero pero que necesito unos días para reunirlo. Me invento que lo tengo en un fondo de esos que tienen ventana de tiempo para el rescate. Insisto en que estoy muy interesada y me promete que me esperará.

Cuando le devuelve el teléfono a Ana respiro hondo.

—Espera, que voy hacia la moto —me dice y después añade bajando la voz—, bien, ¿no?

—Sí, pinta bien —oigo que anuncian mi vuelo por megafonía—. Están llamando para embarcar, tengo que dejarte. Mil millones de gracias, tía, de verdad.

—No te preocupes, me ha venido bien que me diera un poco el aire. ¡Cúdate!

Estoy en la cola para embarcar y no encuentro el billete. Las pulsaciones se me aceleran. La opresión en el pecho empieza a entrecortar mi respiración. Rebusco en el bolso como si estuviera revolviendo una cazuela de potaje y veo la esquina blanca bajo la carpeta de los papeles del divorcio. Los empujo para arriba para liberar el cartón y tiro con tanto ímpetu que la carpeta se desliza hacia afuera y su contenido se desperdiga tras los pies de Alexander.

Se agacha a recogerlos y puedo ver su gesto cuando se da cuenta de lo que tiene entre las manos.

Me tensó y me preparo para su ataque. Algún comentario sobre que nadie me quiere, sobre que moriré sola rodeada de gatos, que me convertiré en la vieja loca del barrio. Se me ocurren muchas posibilidades, pero él continúa callado.

Veo que se fija en los números a pie de página y ordena el documento. Se toma su tiempo.

Cuando se incorpora no hay en su rostro ni una pizca de maldad.

—Creo que no he sido justo contigo —me dice tendiéndome el fajo de folios—. No necesitas que te echen más mierda ahora mismo.

Devuelvo los papeles al bolso de mala manera.

—Hagamos una tregua —continúa.

¡Como si yo tuviera alguna culpa de que estemos en guerra!

Me tiende la mano y me quedo observándola como la idiota que soy, al menos diez *misisipis*.

—No me dejes así —insiste—, es raro y la gente está empezando a mirarme.

—Tregua. —Y estrecho su mano al fin.

Beso V, Roy Lichtenstein

Museo de Arte de Seattle (cesión temporal).

—¿Qué puedes decirme de la obra?

Estamos frente Beso V, de Lichtenstein, quizá la obra de Pop Art más conocida.

—¿Ahora quieres una clase de arte?

—Venga. —Arrastra las vocales y me dirige una mirada de inocencia que me arranca una sonrisa—. Hemos firmado una tregua, ¿no? Y de verdad me interesan tus impresiones.

—El Pop Art trataba de llevar la cultura popular al museo, es lo que Lichtenstein hace aquí: toma literalmente un fotograma de un cómic y lo convierte en una obra de arte. Lo misterioso de la escena es que no tenemos contexto. No sabemos si esas lágrimas son de tristeza o de felicidad. Como sucede a menudo, el espectador completa la obra.

Alexander asiente.

Saco el iPad y tomo algunas notas de algunas ideas que quiero recoger en la tesis. Mi director saca su libreta y se pone también a escribir. Trabajamos durante unos minutos en silencio y me siento bien. Por primera vez pienso que es genial tener compañía en este viaje.

Cuando ya he anotado todo lo que tenía en la cabeza guardo el dispositivo y me quedo esperando a que Alexander termine. Un par de minutos después cierra su cuaderno y me mira.

—¿Nos vamos?

—Sí, vayamos a comer, estoy famélica.

—Me han recomendado el sitio perfecto. —Hace un gesto con el brazo hacia la salida y echo a andar.

Oigo un ruido de zapatos resbalando y antes de que me dé tiempo a reaccionar Alexander ya está al lado de una anciana que ha caído al suelo.

—Ay, qué torpe soy. Ayúdeme a incorporarme, joven.

La señora lleva un bolso enorme, creo que nunca había visto uno tan grande. No lo ha soltado en ningún momento. Alexander trata de ayudarla a ponerse en pie, la bolsa les dificulta el movimiento pero ella sigue aferrada a las asas. Hay un bastón junto a la anciana, lo recojo y en cuanto recupera la posición vertical se lo tiendo.

Alexander la sostiene por el codo y la acompaña hacia la salida. La señora avanza con lentitud, pero no parece que la caída le haya afectado. Es una suerte, a estas edades los cuerpos se vuelven muy frágiles.

Atravesamos varias salas antes de llegar al *hall* principal y justo cuando estamos bajando las

escaleras que nos separan de la zona de recepción dos vigilantes de sala aparecen corriendo.

Nos gritan y pego un respingo, en estas situaciones siempre pienso que he hecho algo mal, pero la cosa no va conmigo, se encaran con la señora. Alexander se pone en medio. Veo que intenta entender qué está pasando. Los hombres tratan de rodearlo y él los bloquea con habilidad. La anciana lanza el bastón hacia ellos, pero golpea a Alexander, que se lleva la mano a la cabeza y se desploma.

La vieja se lanza a correr hacia la salida y los vigilantes rodean el bulto en el suelo y la persiguen.

Voy al rescate de Alexander, le levanto la cabeza y la sostengo sobre un brazo mientras compruebo que respira. ¿Debería llamar a alguien? Oh, qué guapo es. No me había parado a observarlo tan de cerca. Tiene la línea de la mandíbula suave y la barbilla redondeada lo que le da a su rostro esa dulzura que tanto me gusta. Lleva la barba perfectamente descuidada y sus labios son finos, aunque el inferior ligeramente más carnoso que el superior. ¿Pero qué hago? Debería llamar a una ambulancia.

Abre los ojos lentamente. Nuestros rostros están muy cerca. Se me ocurren muchas tonterías para decir, pero permanezco callada.

—No era una anciana, ¿verdad? —pregunta.

—Por la velocidad a la que la he visto correr, diría que no.

Alexander se lleva de nuevo la mano a la cabeza. No tiene herida, pero le va a salir un buen chichón porque ya se está empezando a inflamar.

—¡Y yo que quería ser un héroe para ti!

—Si pretendías impresionarme, ya lo has hecho.

Una auxiliar viene a romper nuestro momento ofreciéndonos ayuda. Alexander le da las gracias pero le indica que no es necesario y, para demostrarlo, se levanta por sí mismo.

—Después de comer te sentirás mejor, ¿cuál era el sitio ese que decías?

—No me acuerdo. —Pone cara de perdido y me preocupo.

—¿Seguro que estás bien?

—Sí, ¡qué cara has puesto! —Se ríe—. Tan preocupada como cuando te lanzaste a socorrerme.

—Bueno, no me lancé —me defiendo—. Pero estabas inconsciente en el suelo, no podía dejarte ahí sin más.

—Al final la heroína has sido tú. ¡Gracias!

Estoy tan poco acostumbrada a que la gente me dé las gracias que me ruborizo sin querer. Alexander me echa el brazo sobre los hombros y nos dirigimos al restaurante.

La entrada está decorada con flores de pascua de grandes hojas rojas. El sitio es más formal de lo que esperaba y está lleno de parejas enamoradas. Me alegra haberme puesto mi vestido

blanco, es la única pieza de mi equipaje que no desentona en este lugar.

Pedimos la bebida y jugueteo con una esquina de mi servilleta mientras esperamos que nos sirvan.

—¿Qué opina tu novia de que estés tantos días fuera de casa?

¡Menudo intento de mierda! Ana pondría los ojos en blanco si pudiera verme ahora. Pero tengo que asegurarme.

—No tengo pareja.

¡Bien!

Controla esa cara de satisfacción, Mónica.

Un camarero pasa a nuestro lado. Es muy joven y parece bastante novato. Atraviesa la sala con una bandeja llena de vasos que se tambalea con su movimiento. Estoy anticipando el desastre cuando Alexander llama mi atención.

—¿Te gusta el pescado? El plato estrella de este lugar es el salmón a la parrilla con salsa de mantequilla de limón y hierbas.

—¡Vaya! Qué sofisticado. Sí, claro, suena bien.

—Tengo un postre en mente, ¿alguna manía, alergia o intolerancia?

—Manías, muchas, pero ninguna relacionada con la comida.

—¡Así me gusta! Que comas bien.

Sonríe de una manera extraña y me quedo paralizada pensando en si ha querido añadir un significado oculto a sus palabras.

Estoy tan concentrada que apenas oigo el grito. El camarero ha tropezado y derramado un buen chorro de vino tinto sobre mi vestido blanco.

—¡Oh! Lo siento, lo siento muchísimo. No presente una queja, por favor, necesito el trabajo.

Me levanto y parte del líquido que la tela no ha podido absorber se escurre hacia abajo dejando un chorretón. ¡Dioses! ¿Por qué tenía que pasar esto hoy? ¿Y por qué tenía que ser tinto?

—No pasa nada —tranquilizo al camarero—. Ha sido un accidente.

—Puedo arreglarlo —asegura Alexander—. Deja aquí esa botella de vino y trae un pincel, por favor.

—¿Un pincel? —preguntamos el camarero y yo al unísono.

—Sí, uno de esos que se usan en cocina para pintar carnes, pescados o masas.

El camarero se dirige a la cocina.

Me disculpo y me dirijo al aseo con la intención de quitar la humedad de la tela, no quiero pasarme toda la comida con esta sensación tan incómoda. Al pasar delante del espejo que decora el pasillo de acceso a los aseos me horrorizo: parezco una víctima de asesinato.

Hay un secador de aire en la pared. Por suerte es de los antiguos, de los que expulsan el aire hacia abajo, y no de esos modernos donde tienes que meter las manos como si fueran rebanadas

de pan en un tostador.

Me contorsiono para tratar de hacer llegar el aire caliente hacia la mancha. Menos mal que no hay nadie en el baño porque esto parece una sesión de yoga, mañana tendré agujetas.

Cuando salgo del baño Alexander está esperándome con una copa llena de vino y un pincel de silicona.

—Ven, lienzo mío —dice mojando el pincel en el líquido.

—¿Qué pretendes? —Sonrío, pero me dejo hacer.

Alexander parte de la línea irregular que ha dibujado el vino entre mis piernas y la extiende hacia un lado y otro dibujando ondas simétricas. Siento deslizarse el pincel sobre la tela como una caricia. El pasillo de acceso a los aseos está poco iluminado y en silencio y, de pronto, me doy cuenta de la intimidad de la escena.

Me quedo muy quieta mientras él decora mi vestido.

Permanecemos en silencio unos minutos, él pintando y yo estoica, intentando no ruborizarme ni excitarme.

O al menos, si no lo consigo, que no se me note.

Una mujer aparece al principio del pasillo y pasa a nuestro lado para entrar en el aseo. Sonríe con gesto cómplice.

—Vale, ya está. —Me separo unos centímetros.

Alexander se encoje de hombros.

—De todas formas, casi he acabado el vino.

Echo un vistazo de reojo al espejo, pero lo que veo me hace colocarme mejor para observarme bien.

La mancha aparece totalmente integrada en un patrón de diseño floral que decora casi toda la parte frontal de mi vestido. Parece un dibujo de la tela, nadie adivinaría la verdad.

—¡Impresionante!

—Gracias, amable señorita —contesta Alexander respondiendo a mi admiración con una reverencia—. ¿Volvemos a la mesa?

Asiento y nos dirigimos a nuestros sitios. Al poco de acomodarnos nos traen el salmón y está riquísimo.

—¿Dónde aprendiste a dibujar así?

—¿Sabes eso que dicen que dentro de todo historiador del arte se esconde un artista frustrado? Pues yo lo soy.

Sonrío.

—En mi caso no es así, pero te entiendo. Lo he visto en muchos de mis compañeros. ¿Estudiaste en Santiago? No me suena tu cara y creo que te recordaría. —Estoy totalmente segura de ello, de hecho.

—Pero bueno, ¡gracias! —acepta el cumplido implícito con una sonrisa—. Sí, estudié allí, pero no justo después del bachillerato. Dediqué unos años a tratar de hacer de mi arte una profesión hasta que me di cuenta de que la vida de artista es de pobre.

—¿La de un historiador del arte es de rico?

—No, pero la de un profesor universitario sí es acomodada. Y ese fue mi objetivo cuando me matriculé en la carrera.

—¿Y has dejado de pintar?

—¡Ni de broma! Me moriría.

—Ya —sonríó.

—En serio, los trazos y colores son mi manera de entender el mundo, de entenderme a mí mismo también, y de expresarme, de enviar mi mensaje.

Asiento.

—¿Qué técnicas utilizas?

—Fundamentalmente óleo sobre lienzo, soy un clásico, pero también me gusta experimentar con técnicas mixtas. He jugado con acrílicos, acuarela y *collage* cuando me he sentido bloqueado. Son procedimientos en los que no me siento un experto y trabajar sin expectativas, volviendo a sentirme un aprendiz, resulta liberador.

—Me encantaría ver tu trabajo, ¿expones en algún sitio?

—No, hace mucho que no. Querría retomarlo, pero ahora mismo estoy centrado en sacar adelante la tesis de una doctoranda. Ella ocupa todos mis pensamientos este momento. —Me guiña un ojo.

No tengo tiempo de ponerme a buscarle un significado al gesto porque el camarero está retirando nuestros platos con sumo cuidado y nos pregunta si queremos postre.

—¿Qué postre tenías en mente? —le pregunto a mi director de tesis favorito.

—*Coulant* con helado de vainilla.

—Que sean dos, por favor.

—Y tú, ¿por qué elegiste Historia del arte?

—No sé... Desde pequeña siento fascinación por las cosas bellas y por las historias que cuentan las obras. Pero podría haber sido historia, filología o filosofía. En realidad, me daba un poco igual, solo quería ir a la universidad.

—Tenías claro un campo de interés, pero no una vocación concreta.

—Justo eso. Aunque al acabar la carrera sí vi con claridad lo que quería hacer. Entré admirando el arte y salí amándolo.

—Tuviste buenos profesores.

—Bueno, hubo de todo —me río—. Pero sí, en general, sí.

—Eso quiero ser yo, el maestro que te hace amar lo que estudias. A lo largo de mi vida he

tenido muchos que me han hecho aborrecer ir a clase, ¡y yo amo aprender!

—Vas a ser un profesor fantástico.

Nos miramos y sonreímos. Terminamos el postre en un silencio cómodo.

Cuando nos traen la cuenta insiste en pagar él, no por machismo, aclara, sino porque va a pasar los gastos a la universidad.

Al salir del restaurante el camarero torpe viene corriendo detrás de nosotros. Me da las gracias por no haber puesto la queja y me entrega una pequeña caja degustación de bombones artesanos, otro de los postres estrella de este restaurante. Apenas me da tiempo a reaccionar, ya está regresando a toda prisa al restaurante. Miro a Alexander atónita.

—Para que digan que los neoyorquinos son unos bordes.

—¡Ya ves!

—No te los vayas a comer todos, ¿eh?

—No, los guardaré para compartirlos. —Abrazo la cajita contra el pecho y echamos a andar.

El beso, Edvard Munch

Museo Munch. Oslo.

Vamos en un taxi destino al aeropuerto. Mi director de tesis va charlando con el conductor mientras yo finjo mirar la ciudad. En realidad, estoy sumida en mis pensamientos. De vez en cuando se me escapa una sonrisa tonta y me muerdo los labios para disimular.

Ayer pasé una tarde fantástica, como hacía tiempo que no tenía. Después de comer dimos un largo paseo, hablamos de cómo voy a enfocar mi tesis, pero también de temas personales. Alexander me contó historias de su infancia y, por lo que he visto de su familia, ahora entiendo mejor ese punto tradicional que tiene.

Nunca lo dijo, pero sé que fue difícil para él escoger el camino de la pintura y vivir la bohemia vida de artista teniendo unos referentes tan rígidos.

Estoy segura de que es la razón de que haya decidido no seguir persiguiendo su sueño y haya optado por un puesto seguro como profesor universitario.

Había que madrugar, así que decidimos retirarnos temprano a dormir. Tengo los bombones bien guardados en la maleta, a la espera de poder crear en torno a ellos un momento especial.

Hemos llegado con tiempo, lo primero que hacemos es facturar el equipaje, luego recorreremos las tiendas del aeropuerto buscando regalos para la familia.

—Son casi las siete, deberíamos acercarnos a la puerta de embarque —digo.

—El vuelo no sale hasta y media, tenemos tiempo.

Me relajo y propongo ir a tomar un café.

Pido un *macchiato* y un *croissant*. Alexander se empeña de nuevo en pagar y le dejo. Cuanto menos gaste durante el viaje menos tendré que reunir para hacerme con el traspaso. Elijo la lógica antes que el orgullo.

Nos acabamos de sentar cuando me fijo en el panel de vuelos y compruebo que la hora correcta era las siete. Nuestro avión debería estar despegando ya.

Alexander se da cuenta al mismo tiempo y se levanta como un resorte.

Echo un trago rápido al café, cojo el *croissant* y salimos corriendo hacia la puerta de embarque.

Engullo el dulce esperando no atragantarme. Cuando llegamos la agente de puerta ya ha cerrado el acceso.

Ante nuestras protestas alude que han seguido el protocolo, enviando notificaciones a través de la aplicación móvil de la compañía y esperando el tiempo reglamentario.

Tenemos escala en Islandia, si no cogemos este avión perderemos la conexión.

—Mira, lo sentimos muchísimo, de verdad —insiste Alexander—, ayer cené algo que me sentó mal y llevo toda la noche con diarrea. Cuando llamaron al embarque estaba en el aseo, he venido todo lo rápido que he podido.

La chica duda, Alexander pone tal cara de pena que hasta yo me creo la mentira. Su estrategia surte efecto porque la agente se comunica con el avión y nos abre el acceso. En cuanto encaramos la pasarela Alexander me susurra:

—Nadie cuestiona una buena cagalera.

Me muerdo el labio inferior para evitar una carcajada. Han retenido el avión por nuestra culpa y no quiero entrar descojonándome de risa.

Me cede la ventanilla, aunque esta vez mi billete marca asiento de pasillo, no le hago remilgos, me parece justo.

Disfruto del despegue, mi momento favorito, y cuando nos encontramos de nuevo en posición horizontal inspiro profundamente y expulso el aire con lentitud.

—Siento haberme equivocado con el horario —empieza—, pero lo he resuelto bien, ¿eh?

—A costa de tu dignidad, sí. Eso es de valientes.

—Creo que merezco loas en mi honor y muchos bailes sexis.

—¡Tú flipas! —Pero se me escapa una sonrisa.

—Vale, aceptaría solo un beso.

Le miro fingiendo severidad.

—¿Ni un beso? ¿Un beso de abuela?

Niego con la cabeza mientras trato de contener la risa.

—¿De vaca? ¿De pez?

Frunce los labios metiendo las mejillas hacia adentro en un gesto adorablemente ridículo y no puedo contener más las carcajadas.

Le contagio mi risa y nos hundimos en los asientos cuando nos damos cuenta de que algunas personas se están girando hacia nosotros.

Llegamos a Reikiavik a la hora de comer. Tenemos el tiempo justo para hacerlo y volver a embarcar así que no queda otra que conformarse con la comida del aeropuerto. Alexander insiste en comprar *kleinur* para merendar. Tienen pinta de rosquilla aplanada.

Nos quedan unas tres horas de vuelo y las pasamos charlando. O más bien, yo hablo y él escucha porque le cuento casi toda mi vida: mis sueños de juventud, la relación con Marcos y mi trabajo en la empresa de su familia. También le hablo de Ana y Cris. De cómo las conocí y de lo importantes que son para mí.

De vez en cuando Alexander me hace alguna pregunta, interesado por conocerme mejor. De vez en cuando, algún comentario acertado que me demuestra que está prestando mucha atención

a mis palabras. Marcos siempre parecía tener la cabeza en otra parte cuando trataba de contarle algo que no estuviera relacionado de alguna manera con él. Alexander, sin embargo, parece que no se cansa de escucharme.

—Cuéntame tu mejor recuerdo de infancia —pide.

—El mejor... No sé, la escena que se me viene a la cabeza ahora mismo es de los últimos carnavales que mi padre pasó en casa. Tendría unos ocho años. Cada clase escogía una temática y nos disfrazábamos de personajes distintos, ¿vosotros hacíais eso?

—Sí —dice meneando la cabeza—. Lo odiaba.

—A mí me encantaba. —Sonríe—. Ese año el tema era El bosque encantado. Teníamos un rey y una reina, muchos elfos, algunos animales y setas, árboles y flores.

—¿Y a ti qué te tocó?

—El mejor, de hada. Mi padre me hizo unas alas doblando unos alambres y recubriéndolos de fieltro y una varita preciosa de madera tallada, con una piedra amarilla arriba. La estuve usando durante semanas.

—Tu padre es un artista.

—Lo era. Ese verano se divorció de mi madre, se volvió a casar y se convirtió en otra persona, un desconocido para mí. Quizá por eso se me ha venido esta escena a la mente, es el último recuerdo feliz que tengo de él.

Me da un leve apretón en un brazo.

Nos comemos los *kleinur* y descubro que están buenísimos: crujientes por fuera y tiernos por dentro.

Vamos a pasar dos días en Oslo así que dispondremos de algo de tiempo libre. Alexander propone visitar el Museo de Barcos Vikingos. Me apetece mucho y decidimos comprar ya las entradas.

Se hace de noche tras la ventanilla del avión, bostezo y dejo caer mi cabeza sobre su hombro. Me siento muy cómoda.

Ya en Oslo decidimos ir directos al hotel. Tomamos unos bocadillos rápidos y, aunque ambos estamos rendidos de cansancio, nos cuesta despedirnos y remoloneamos enseñándonos uno al otro nuestras habitaciones jugando a que somos agente inmobiliarios tratando de vender la propiedad. Cuando los bostezos empiezan a interrumpir cada frase quedamos para desayunar y nos vamos a la cama.

Cada uno a la suya, por desgracia.

Nos encontramos frente a El beso, de Edvard Munch, mundialmente conocido por *El grito*. A mí, sin embargo, siempre me ha gustado mucho más esta.

Una pareja se besa en la oscuridad y sus caras se funden en una forma sin facciones.

—¿Qué me dices de esta obra?

—Que forma parte de su serie El friso de la vida. El artista expresa la fusión de las almas de los amantes como su manera de entender el amor romántico. La pintó tras una ruptura amorosa así que puso en ella su deseo de amor y conexión, por eso es tan potente.

—¿Vas a hacer referencia a la influencia compositiva de Rodin?

—Por supuesto, ¡por quién me tomas! —Sonrío y él corresponde a mi gesto.

—¿Sabes que en su primera exhibición fue criticada por su contenido sexualmente explícito?

—Sí, ¡ya ves! A esa gente el mundo de hoy en día les haría infartar.

—Tengo una última pregunta y es la más importante.

—Dime.

—¿Vamos a comer? —Pone su carita de pena que ya empiezo a conocer bien—. Tengo hambre.

—Claro, es buena hora. —Guardo mi iPad en el bolso—. ¿Alguna preferencia?

—Pues ahora que lo dices, me apetece probar el *koldtbord*. O como se pronuncie.

—Eso es lo del bufet, ¿no?

—Sí, como un bufet frío de pescados, carnes, quesos y ensaladas. Creo que puede ser una buena manera de hacer una degustación de la cocina noruega.

—Me parece perfecto. ¿Buscamos algún sitio en Google?

—Sí, dale.

Nos dirigimos a la salida mientras comentamos las sugerencias que el móvil nos devuelve. Al final nos decidimos por un local que no queda lejos de nuestra ubicación y como estamos bien preparados para el frío decidimos dar un paseo hasta allí.

Disfrutamos la comida como niños pequeños. Alexander prueba algo y me ofrece un bocado y yo hago lo mismo. Vamos descubriendo nuevos sabores y comentando qué nos gusta más y qué menos. Me invento un sistema de puntuación y él dibuja números en su libreta y la levanta abierta por la hoja que tiene el número que quiere darle a cada plato, como si estuviera en un concurso de talentos.

Cuando nos sentimos llenos le hago una sugerencia:

—Propongo ir a tomar el postre a mi habitación.

—Umm.

No puedo negar que he buscado el doble sentido a propósito, pero me hago la inocente lanzándole un manotazo suave.

—Nooo. Tengo los bombones que nos regalaron en Nueva York guardados para compartirlos contigo, pero no creo que aguante mucho más sin comerlos.

—Acepto.

No creo que haya sido del todo consciente de lo íntimo que resulta esta escena hasta que nos encontramos en mi cama, con la caja de los bombones entre nosotros.

Me he sentado con las piernas cruzadas y Alexander se ha estirado sobre el edredón y apoya la cabeza en una mano.

Los dulces están riquísimos, pero me temo que estoy más centrada en el movimiento de sus labios que en el sabor del chocolate.

—Cuéntame, ¿cuál es tu secreto para mantener ese cuerpazo con tu manera de comer?

—¡Vaya, gracias! Siempre he tenido una tendencia natural a mantenerme en mi peso, creo que es cosa de genética.

—Te odio. A mí se me acumula todo en la cadera. —Me doy una palmada en la zona.

—Yo te veo estupenda. —Los ojos le brillan y mi corazón se acelera.

—Con ese físico habrás tenido muchas novias. Perdona, estoy suponiendo que eres heterosexual.

Sonríe.

—Lo soy. Y no, no he tenido muchas parejas. Siempre he preferido quedarme en casa estudiando antes que salir de fiesta y eso no lo facilita.

—Ya.

—Tengo un hermano mayor que es el éxito en persona. Le adoro, pero ha hecho que las expectativas de mis padres conmigo estuvieran por las nubes. Supongo que eso tiene mucho que ver con mi autoexigencia y mi obsesión con el perfeccionismo. —Se detiene un momento como si estuviera recordando alguna escena de su infancia—. La verdad es que siempre me ha resultado complicado conocer gente. Creo que me gusta mucho la soledad y el silencio y eso no es del todo compatible con una relación de pareja.

—Puede serlo si se respeta la independencia de cada uno. A mí me encanta hacer planes con mis amigas y era algo con lo que siempre tenía problemas con Marcos. Él es de la opinión de que una pareja tiene que hacerlo todo juntos todo el tiempo.

—Marcos es un idiota.

—Sí —me río—, me he dado cuenta.

—Yo lo supe desde el momento que me hablaste de él porque solo un idiota te trataría así de mal. Hay que ser idiota para no querer estar siempre a tu lado.

Alexander cubre los bombones con el papel con el que venían protegidos. Cierra la caja con cuidado y se levanta para dejarla encima de la mesita.

Regresa a la cama y se sienta frente a mí. Se toma un momento para observarme.

Creo que he dejado de respirar.

Desliza los dedos de su mano derecha por mi pelo y cuando llega a la oreja se detiene con una caricia en mi lóbulo.

Me mira a los ojos y comienza a inclinarse hacia mí.

El sonido de mi móvil me sobresalta y me levanto en automático para rescatarlo del bolso.

Es la melodía principal de Psicosis. Sé de sobra quién me llama y, aun así, me quedo bloqueada, mirando fijamente el nombre de Marcos en la pantalla.

El beso, Pablo Picasso

Museo Picasso. París.

—¿Me das un momento? —le pido a mi compañero.

—Claro —dice levantándose—. Estaré en mi habitación.

Espero a que Alexander cierre la puerta para descolgar. Bendita llamada, he estado a punto de cometer el peor error de mi vida. El tonto está bien, es divertido, pero no estoy preparada para ir más allá. La interrupción de Marcos ha sido providencial, pero ahora que ya ha surtido el efecto que necesitaba me irrita tener que atenderla.

—¿Qué quieres?

—¡Hola, preciosa!

Hago una mueca.

—Los japoneses están aquí. Han venido porque querían tener una reunión presencial, será mañana y necesito que estés.

—Marcos, estoy en Noruega y, lo más importante, ya no trabajo para ti.

—¿En Noruega? ¿Y qué cojones haces en Noruega?

—¿Y a ti qué narices te importa? Ya no estamos casados, ¿recuerdas?

—Bueno, en teoría sí —se ríe—. Necesito que estés en esa reunión, pequeña. Sabes que no podemos permitirnos perder este contrato. Tú has llevado las negociaciones desde el principio, solo te pido que acabes lo que empezaste.

Suspiro. Tiene razón, les dejé colgados con ese tema y es importante para la empresa.

—Si haces esto te daré lo que pides —insiste—. Hasta el último céntimo.

—Ese dinero me corresponde, no me estás haciendo ningún favor.

—Bueno, ya sabes que eso depende del abogado que puedas contratar y yo tengo al mejor.

Lo sé de sobra porque siempre me ha dejado claro el poder que tiene su familia. Todos esos «amigos» son favores que su padre tiene pendiente de cobrarse y que Marcos ha heredado junto con la empresa.

Sé que debería exigirle que deje de amenazarme, no parece una buena estrategia cuando necesitas ayuda, pero la verdad es que he visto de lo que son capaces y me preocupa. Necesito el dinero para empezar una nueva vida y Marcos tiene la capacidad de dejarme sin nada.

—Puedo conectarme por Zoom, ¿a qué hora es la reunión?

—No lo sé todavía, te avisaré.

—Pero no me avises cinco minutos antes, como haces siempre —digo, pero ya ha colgado.

Al poco Alexander llama a mi puerta, parece que hubiera estado escuchando detrás de la pared.

—Mañana no puedo ir al museo, tengo una reunión —le lanzo sin más.

—¿Una reunión? —pregunta, confundido.

—Cuando me fui quedó un tema sin cerrar, es un contrato importante y he llevado la negociación desde el principio así que me corresponde finalizarlo.

—No creo que sea responsabilidad tuya. Y ya tenemos las entradas.

Me quedo mirándolo un instante.

—Perdona, pero no creo que tengas ni idea de lo que es o no es responsabilidad mía en este caso. Y puedes ir tú solo.

—No quiero ir solo, quiero ir contigo, como planeamos. —El ascensor se abre y una pareja pasa por detrás de Alexander de camino a su habitación—. ¿Me dejas entrar, por favor?

—No y no tengo tiempo para esto.

—Es que no entiendo por qué sigues plegándote a sus deseos. No le debes nada.

—No es tan fácil.

—Lo es. En realidad, es muy fácil. Se trata de marcar unos límites y no permitir que los otros presionen para empujarlos.

—Pues eres tú el que me está presionando ahora, necesito repasar la documentación y dormir tranquila para estar despejada mañana.

El ascensor vuelve a abrirse.

—Déjame entrar, por favor. Hablemos.

Bloqueo el vano con mi cuerpo.

—Alexander, necesito descansar y me estás molestando.

Se echa hacia atrás como si le hubiera dado un puñetazo. Algo se me enrosca en las tripas.

—Claro, perdona. Siento ser un estorbo, pero no te preocupes que no te molestaré más. Nos vemos en París.

Se marcha. Cierro la puerta despacio y me rompo un poco por dentro.

He dormido poco y mal. Me ha costado concentrarme en la reunión porque en realidad no me importa nada. Bajo a un por un café con el teléfono en la mano y me lo subo a la habitación. No quiero alejarme del portátil, sé que Marcos no cumplirá su promesa y me llamará cinco minutos antes de empezar, con suerte, si no me avisa cuando hayan empezado. No sería la primera vez.

Me paso toda la mañana inquieta, pendiente del teléfono. Pero no suena. No me apetece volver a hablar con Marcos así que le envío un mensaje:

«¿Todavía no tenemos hora para la reunión?»

«No. Te aviso», contesta.

Pido que me suban un bocadillo a la habitación y me lo como con la mente en blanco.

La tarde pasa lentamente. Me siento inquieta y tengo miedo de desgastar el suelo de la habitación de tanto que paseo.

Las siete. Demasiado tarde para una reunión según las costumbres orientales.

«Marcos, ¿la reunión se ha pospuesto?»

«Ya la hemos tenido. Al final no hiciste falta»

Me quedo bloqueada observando el mensaje. Leyéndolo una y otra vez.

Le llamo, pero no contesta. Insisto hasta que me canso y lanzo el móvil contra la cama. Agarro una almohada y grito contra ella, ahogando el sonido.

La lanzo al suelo y la pateo por toda la habitación. La emprendo a puñetazos contra el colchón hasta que caigo en la cama agotada.

Vacíó el minibar y me lo como y bebo todo. Incluso la ginebra, que odio su sabor.

En algún momento caigo rendida de sueño. No sé qué hora es.

Lo primero que hago cuando me despierto es correr al baño y vomitar.

Me enjuago la boca mirándome al espejo. Como era de esperar, tengo una pinta horrible.

Hago una llamada a tres con Ana y Cris. Dejo el móvil encima de la cama en manos libres mientras meto mis cosas de manera distraída en la maleta.

Ana tiene voz de sobada, Cris como siempre, está activa y atenta. Cuando les cuento lo que ha sucedido explotan.

—¡Acabaremos con ese capullo! —asegura Ana.

—Nunca más, Mónica —pide Cris—. Que esto te sirva de recordatorio para siempre.

—Sí, creo que he aprendido la lección. Lo peor es que he jodido las cosas con Alexander.

—Se arreglará, estoy segura —dice Cris—. Solo necesitáis hablar con calma.

—¡Ojalá tenerlo tan claro como tú!

—Solo tenéis que follar —zanja Ana—. Eso lo arregla todo.

—A veces lo complica más. —Cris suena cansada.

—Uy, parece que hay algo que contar ahí —digo.

—Sí, pero no es el momento, tengo que ir a trabajar.

—Sí, yo también debería —bosteza Ana—. Ahí os quedáis, malas pécoras —añade. Y cuelga.

—¿Dirías que se ha levantado de la cama o vuelto a dormir? —pregunto.

—Vuelto a dormir, cien por cien segura —contesta Ana—. Cuídate mucho.

Hablar con mis amigas me ha dado la vida, pero ya voy mal de tiempo. Termino de prepararme y me tomo un café de camino al aeropuerto: París me espera.

Avanzo por el pasillo del avión hasta mi asiento fijándome en cada persona y cuando me siento sigo pendiente de cada uno que entra. Despegamos y Alexander no está. Supongo que ha cambiado el vuelo para no coincidir conmigo.

Aterrizamos en el Charles de Gaulle con tiempo suficiente para pasar por el hotel a hacer el *check-in* antes de comer. El trayecto hasta el hotel pone a prueba mi oxidado francés. No lo hablaba desde mi época de universitaria, cuando estuve aquí en la excursión de paso de Ecuador. Los franceses tienen fama de bordes, pero de momento he dado con todos los amables.

La habitación es preciosa, con vistas a la torre Eiffel.

Me alegra porque tengo varias obras que visitar aquí y voy a estar cuatro noches.

A primera hora de la tarde me dirijo al Museo Picasso para analizar la manera en que Pablo Picasso representó el beso hace más de cinco décadas.

Ni el violento primer plano de la escena pictórica, ni el enredo de líneas y el alto contenido sexual, ni esos ojos densos pero ausentes logran capturar mi atención. Tengo la cabeza en la última conversación que tuve con Alexander. En lo injusta que fui. Él no es el enemigo.

Se me ha ido la tarde sin apenas darme cuenta. Bloqueo el iPad y me dispongo a salir de la sala cuando noto una presencia a mi espalda. Me quedo muy quieta, como la cierva de la escultura *Diana de Versailles*, congelada en medio de un salto.

—Hola —dice Alexander situándose a mi lado.

Está muy serio y más guapo que nunca.

Tiene el pelo un poco despeinado, como si hubiera tratado de poner orden en él con los dedos. Contrasta con esa barba de dos días que mantiene cuidadosamente recortada. Atisbo algunos pelos pelirrojos entre los rubios.

Me pregunta mis impresiones sobre el cuadro de manera profesional. Hemos vuelto a la casilla de salida y esta vez no es como la primera. Esta distancia entre nosotros duele.

—Me gustaría invitarte a cenar —me lanzo al abismo entre los dos—. Puedes negarte, claro, yo...

—Acepto —dice girándose hacia mí.

Sonrío y agradezco en silencio lo fácil que me lo ha puesto.

—Conozco el sitio perfecto —continúo—. Sígueme.

Cogemos un taxi frente al museo y le doy las indicaciones del restaurante en Montmartre que me enamoró hace años. Ya he verificado que sigue abierto y regentado por los mismos dueños. La verdad es que ya tenía pensado venir, pero siempre es mejor cuando la compañía es buena. Y tenemos una conversación pendiente.

Debemos de dar *vibras* de pareja porque nos sientan en una mesa en un rincón muy íntimo. No pienso protestar.

—Te recomiendo el *coq au vin*, es la especialidad de la casa —le digo.

—Me parece perfecto.

Alexander alinea la servilleta con los cubiertos mientras formulo en mi mente una disculpa.

—Siento mucho cómo te hablé en Oslo. —Detiene sus movimientos para prestarme toda su atención—. No eres un estorbo, al contrario, conocerte ha sido lo mejor que me ha pasado en mucho tiempo. En mucho, mucho, tiempo.

—Yo también tengo que disculparme. Sé que tu ex no te lo está poniendo fácil y debería darte más espacio.

En realidad, no quiero espacio. Esta distancia entre los dos me mata. Pero no puedo enredarme en otra relación justo ahora, necesito encontrar mi sitio primero. Y tengo que hacerlo por mí misma.

—¿Podemos tener una relación cordial? —pido.

—Depende, ¿te comiste el resto de los bombones?

Me río. Este es el Alexander que quiero.

—No, prometí que no lo haría.

—Entonces creo que podemos.

Deslizo un brazo sobre la mesa, tomo su mano y doy un leve apretón.

—¿Tregua?

—Tregua.

El pollo está riquísimo. Alexander le da un diez abriendo la página de ese número en su libreta.

Como broche final para la exquisitez nos decidimos por el postre típico de París: *Crème Brûlée*. Ahora que sé que Alexander es tan goloso como yo no me da vergüenza pedir dulces. Con Marcos siempre me sentía juzgada. Sobre todo en los últimos meses, desde que empecé a engordar.

Nunca he sido fan del deporte y me he dado cuenta de que ya no tengo la facilidad para adelgazar que tenía con veinte años. Pero no soy capaz de renunciar a los dulces. Y, además, no quiero.

—Pago yo —dice Alexander cuando nos traen la cuenta.

—No, de eso nada. He invitado yo, pago yo.

Cuando salimos del local me detengo para guardar la cartera en el bolso. Mi compañero ha seguido caminando distraído mirando algo en su móvil así que lo llamo:

—¡Alex! —regresa a mi lado—. ¿Te parece bien si te llamo Alex?

—Me parece perfecto. Mis amigos me llaman así.

—Ah, pero nosotros no somos amigos. Somos un director de tesis y su doctoranda.

—Esta noche, no. Te voy a llevar de ruta por los mejores locales nocturnos de París y te vas a enamorar de mí perdidamente.

Sonríe mirándome de lado y siento que me voy a derretir. Mi bajo vientre vibra y me muerdo el labio inferior para concentrarme en algo que no sea mi corazón bombeando fuerte.

—Ve tú y pásalo bien, me caigo de cansancio. —Un taxi para delante del restaurante y dos chicas jóvenes se bajan. Aprovecho para coger el relevo—. Nos vemos mañana en Montparnasse.

Le doy la dirección del hotel al taxista y mientras nos alejamos me doy la vuelta y veo que las chicas están hablando con Alex. Se acercan más y él no se aparta, no parece incómodo. Giramos y los pierdo de vista. Me hundo en el asiento intentando poner la mente en blanco.

El beso, Constantin Brancusi

Cementerio de Montparnasse. París.

Bajo a tomar un desayuno rápido en la cafetería del hotel y regreso a mi habitación para dedicar un rato a repasar mis ideas para la galería. He estado wasapeando mucho con Elba últimamente y con su ayuda el proyecto está avanzando rápido.

Esta tarde he quedado con Alex para visitar una de las cuarenta versiones que Constantin Brancusi llegó a esculpir de su obra *El beso*.

La escultura se encuentra en el cementerio de Montparnasse, en la tumba de Tania Rachevskaja, una joven estudiante de medicina que se suicidó hace más de un siglo. Sus herederos llevan algunos años de lucha con el gobierno francés para reclamar los derechos de la obra. El gobierno se niega alegando que se trata de patrimonio cultural francés ya que Brancusi legó toda su obra al estado en el momento de su muerte.

No sé en qué acabará la cosa, pero de momento todavía se puede ver en su emplazamiento original.

Suena Psicosis. Debería dejarlo sonar. Debería hacer como si no existiera. Decido no cogerlo y logro engañarme un rato. Pero en la tercera ronda de música atiendo la llamada. Puede que sea importante.

—Te he enviado el acuerdo de divorcio al correo, ¿lo has visto?

—No —digo abriendo el buzón—. ¿Es otra versión?

—Sí, he hecho unos ajustes. Necesito que lo firmes hoy. Mañana mi abogado se va de vacaciones y quiero dejar esto cerrado ya.

—No sé si me va a dar tiempo. Tengo que leerlo con calma y Ana tendrá que revisarlo también.

—No hace falta que leáis nada. Lo que hay es lo que te corresponde, no vas a sacar nada más de mí.

Sus palabras se me clavan en el pecho. Si alguien ha sacado algo de esta relación ha sido siempre él. Ha tenido mi tiempo y mi energía. He renunciado a todo por él. ¡Incluso iba a tener hijos solo porque él lo quería!

Respiro hondo y expulso el aire despacio.

—Eo, ¿sigues ahí?

Doy un respingo.

—Sí, sigo aquí, Marcos. Me pongo con ello. Intentaré darte una respuesta lo más rápido

posible.

—Hoy. Dime que lo tendrás firmado hoy.

—Lo intentaré.

Cuelgo antes de que siga. Puede llegar a ponerse muy insistente. Me conoce bien y sabe dónde me duele, mejor no darle acceso a mis puntos débiles demasiado tiempo.

Dejo de lado mi proyecto, le reenvío el correo a Ana y descargo el documento para empezar a leerlo.

A cada hora recibo un wasap de Marcos apremiándome. Va elevando el tono según avanza la mañana.

Al mediodía me tomo un sándwich rápido en la cafetería del hotel mientras comento con Ana la situación.

—No he tenido tiempo de leerlo con calma, pero por lo que he visto de momento es un acuerdo claramente desfavorecedor —me dice—. Haré unos ajustes y me pondré en contacto con su abogado. Seguimos negociando hasta que consigamos lo que mereces, Mónica, no te preocupes.

—Confío en ti, pero no puedo evitar la tentación de firmar, quiero que esto se acabe ya.

—Es con lo que están jugando, con el desgaste. Pero no es justo y no lo voy a permitir. Además, necesitas el dinero para el traspaso, ¿no?

—Sí, sería mi única posibilidad.

—Pues céntrate en esto. Y disfruta de París, ¡coño!

Me río.

—Esta tarde vamos a un cementerio.

—Um... morbosilla. No sabía que te gustaba ese rollo.

—Estamos trabajando, Ana.

—Claro, ahora lo llaman así.

—Voy con mi director de tesis a visitar una obra escultórica, nada más.

—Que sí, que sí, que te creo. Pero, hazme un favor.

—¿Qué?

—Métele mano entre las tumbas.

Como no he contestado a sus mensajes Marcos ha empezado a llamarme, así que he puesto el móvil en modo no molestar. Tengo una cita con Alex y esta vez no dejaré que nada lo estropee.

¿He dicho cita? ¡Maldita Ana!

Cuando llego a la tumba de Tania Rachevskaia, Alexander ya está ahí.

—Es preciosa, ¿verdad? —me dice.

—Siempre me lo ha parecido. Tiene algo fascinante.

—¿Qué puede ser? Dime qué ves.

—La simplificación extrema de la forma, una idea en la que Brancusi trabajó ampliamente. Y la tosquedad del bloque en contraste con la sencillez de las figuras.

—«Nada crece a la sombra de un gran árbol», ¿la tienes?

—Sí, es la frase que dijo Brancusi, discípulo de Rodin, cuando abandonó su taller. La tengo anotada para hacer referencia de nuevo a *El beso* del escultor francés. Para comparar los diferentes tratamientos del mármol.

—Perfecto, creo que estás haciendo un trabajo fantástico.

—Es fácil. Tengo al mejor director de tesis del mundo.

—Cierto, cierto.

Alex sonríe y se queda en silencio contemplando la escultura. Fijo mi atención de nuevo en ella. Es muy hermosa.

Anochece y hace demasiado frío para permanecer en el exterior así que nos refugiamos en un café con la excusa de tomar algo caliente.

Alexander pide las bebidas de los dos con perfecto acento francés. ¡Qué sexi! Me lo imagino susurrándome al oído mientras me desliza las manos por debajo del sujetador. Se da la vuelta hacia mí con dos vasos, toso y giro la cabeza para evitar que vea mi acaloramiento.

Me pide que elija mesa y me dirijo a la única libre que veo junto a la ventana. Al lado de un enorme muñeco de nieve de fieltro.

Nos sentamos, tomo un sorbo de mi *macchiato* y gimo de gusto.

Una sonrisa se asoma a los labios de Alex y siento que va a aprovechar la situación para lanzarme alguna indirecta así que lo atajo:

—¿Te lo pasaste bien anoche?

¡Dioses! ¿Por qué he preguntado eso?

Por un momento parece confuso.

—Te vi hablando con dos chicas cuando me iba, ¿te fuiste con ellas de fiesta? No es que me importe, claro, obviamente puedes hacer lo que quieras, no soy tu niñera.

—Habíamos quedado en que yo era la tuya, ¿no? —dice con una sonrisa.

En mi cabeza se dibuja la escena del momento en que nos conocimos. Parece que haya pasado un lustro. La persona que ahora estoy conociendo no es como me lo había imaginado. Es considerado, generoso y muy divertido.

—Ah, me lo pasé muy bien. Muy bien.

Es considerado, generoso, muy divertido y no es para mí.

Revuelve su capuchino, apoya un momento la cuchara en el borde de la taza para que el café que se escurra caiga dentro y la coloca en la servilleta perfectamente centrada.

—Cuéntame algo más de tu familia —le pido—. Algún recuerdo de infancia. Yo compartí uno, me lo debes.

—No sé... Mis mejores recuerdos son tardes leyendo en mi habitación. —Se concentra en su café como si pudiera ver su pasado ahí—. Hubo un tiempo en que mi hermano y yo no rivalizábamos por el amor de mis padres. Bueno, en realidad él nunca tuvo que hacer nada especial, lo tenía sin más. Sin embargo, yo nunca era lo suficiente listo o rápido para que ellos se sintieran orgullosos. Nunca era suficiente.

Se me rompe un poco el corazón al escucharle.

—Empecé a tratar de alcanzar el listón que mi hermano había establecido, pero él es un chico de ciencias y yo un espíritu de letras. Sabía que seguirlo me haría infeliz, y aun así, estaba dispuesto a sacrificarme. Pero me di cuenta a tiempo de que hiciera lo que hiciese la opinión de mis padres no iba a cambiar.

—No tienes que demostrarle nada a nadie.

—Lo sé. Pero lo entendí ya en la adolescencia. Llegué a la conclusión de que, puestos a ser una decepción, mejor que fuese en algo que me encanta.

—Eres profesor universitario con treinta años, es un gran logro.

—No para ellos, pero da igual. Está superado.

—Padres —digo encogiéndome de hombros.

—No les guardo rencor, lo hicieron lo mejor que supieron.

Asiento.

—Al final no me has contado tu recuerdo feliz.

—Ah, sí. —Da un sorbo a su café—. Decía que hubo un tiempo en que mi hermano y yo nos tratábamos como iguales. Compartíamos habitación y a los dos nos encantaba leer. Nos encanta todavía. Siempre estábamos con una novela entre las manos, así que durante el día avanzábamos en nuestras respectivas historias y cada noche antes de dormir nos las contábamos el uno al otro. Era como leer dos libros en el tiempo de uno.

—Trucazo —le digo—. Erais unos devoralibros.

—Sí. —Se ríe—. Lo mejor es que con el tiempo he leído muchos de los libros que mi hermano me contó y no son exactamente como él decía.

—¿De verdad?

—Sí, creo que se inventaba cosas para hacerlo más divertido para mí.

Sonríe con la vista perdida en el ventanal del local. Estoy segura de que lo está rememorando. Me hace sentir mucha ternura. ¡Qué fácil sería enamorarme de él!

—¿Cómo es tu relación con tu hermano ahora? —pregunto para distraer mis pensamientos.

—Estamos reconstruyéndola. Antes me gustaba meterme con él diciéndole que es el hijo favorito. He dejado de hacerlo porque no le gusta nada. También fue difícil para él, ¿sabes?, la

posición en que lo pusieron nuestros padres. No quería ser un ejemplo para nadie.

—Ambos os sentisteis presionados.

—Sí, demasiado para dos adolescentes. Desde que empezamos a hablar del tema y entendernos el uno al otro la cosa ha mejorado mucho. Pero bueno —hace un gesto con la mano para quitarle importancia—, tuvo una parte buena porque nos impulsó a dar lo mejor de nosotros mismos, aunque fuera por los motivos equivocados. Yo soy profesor universitario y él tiene su propia empresa así que todo ha tenido un final feliz.

Nos hemos acabado los cafés así que supongo que ya no tenemos excusa para seguir aquí. Salimos, la temperatura en el exterior ha bajado todavía más y está empezando a llover. Decidimos regresar en metro al hotel y cenar allí mismo.

La conversación ha derivado de manera natural hacia el terreno de lo profesional. Le comento el enfoque que quiero darle a la tesis y me hace preguntas sobre cuestiones en las que no había reparado. Reflexionar sobre ellas me hace darle más profundidad a mi trabajo. Desbloqueo el iPad para añadir un par de conceptos y la aplicación muestra la carpeta donde tengo las ideas para el negocio.

—¿Qué es eso de proyecto arte? —pregunta inclinándose hacia la pantalla, pero al momento se retira—. Perdona, lo he visto sin querer.

—Voy a quedarme con una galería de arte que se traspasa —aclaro con vergüenza—. Bueno, quiero hacerlo, pero necesito el dinero que me corresponde por el divorcio y Marcos no me lo está poniendo fácil.

—Te recomendaría a mi abogado, pero creo que ya tienes una muy buena.

—Sí, la mejor. Pero gracias. —Una idea me viene de repente—. Oye, ¿querrías exponer en mi galería? Como colección inicial, para inaugurarla.

—Pero si ni siquiera has visto mi obra —se ríe.

—No me hace falta, por lo que conozco de ti estoy segura de que es genial.

—Gracias, pero es una gran responsabilidad y no sé... Llevo mucho tiempo fuera del circuito. Ya veremos.

—Claro —zanjo meneando la cabeza—. Ni siquiera es seguro que pueda conseguir el dinero a tiempo. Me estoy haciendo ilusiones.

—¿Qué es la vida sin ilusión? —Levanta su copa—. Brindo porque consigas todo lo que desees.

Levanto mi copa anhelando que la magia de París convierta el brindis en un conjuro. Que Marcos deje de ponerme obstáculos, que consiga la galería y que pueda completar mi tesis con éxito. En el último segundo, antes de que el choque de cristales resuene, veo la sonrisa de Alex y cómo se expande hasta sus ojos. Y formulo un último deseo.

La cena ha superado todas nuestras expectativas, estoy segura de que repetiremos. El beso de

Toulouse-Lautrec pertenece a una colección privada así que he tenido que pactar la visita con antelación y tenemos un horario muy estricto que debemos respetar.

Quedamos para desayunar en el hotel y salir juntos.

Nos damos las buenas noches frente a la puerta de mi habitación y él se dirige a la suya. Antes de entrar se gira de nuevo hacia mí.

—Por cierto, como antes te vi muy interesada en mi interacción con aquellas chicas, solo informarte de que trataron de sacarme conversación, les dije que tenía prisa y cogí un taxi directo al hotel. Antes de dormir estuve viendo Una noche en la ópera. Siempre me lo paso genial con esa peli, me encanta.

En la cama: el beso, Henri de Toulouse-Lautrec

Colección privada. París.

Me despierto más tarde de lo que debería y me doy cuenta de que el móvil sigue en modo no molestar.

Lo desactivo y me llegan de golpe infinitas llamadas de Marcos. También hay mensajes, pero no los leo todos, con revisar por encima algunos ya me doy cuenta del tamaño de su cabreo.

Devuelvo la llamada y las manos me tiemblan un poco.

—¡Hombre, la desaparecida! Me dijiste que lo firmarías ayer.

—Te dije que lo iba a intentar, pero necesito más tiempo.

—Nena, sé que quieres que esto se acabe y perderme de vista, yo también. Necesitamos cerrar esto y rehacer nuestras vidas, sabes que es lo mejor. ¿No es lo que quieres?

—Sí, claro, pero...

—Y también lo quiero —me interrumpe—. Así que firma ya y acabemos.

—No voy a firmar sin el permiso de Ana.

—*Ni viy i firmir sin il pirmsi di Ini.* ¿Es que necesitas supervisión? —Eleva el tono de voz y me encojo por dentro—. ¡Qué pasa! ¿Eres una adulta o una niña pequeña?

—No voy a hacer nada a espaldas de Ana, ¿vale?

—¡Me la chupa! ¡A mí Ana me la chupa!

—Me da igual lo que digas. —Lo enfrento tratando de que mi voz suene calmada.

—Haz lo que quieras, pero lo quiero firmado hoy.

Querría añadir algo más, no dejar que, como siempre, él tenga la última palabra, pero no me da tiempo, ya ha colgado.

Me acerco a la ventana con la mente en blanco. El cielo está completamente tapado por las nubes. Hay una hormiga muerta en el alféizar. Cojo un papel del bloc de notas de cortesía que el hotel ha dejado en la mesita y la empujo con asco y pena hasta la papelera.

Después me sumerjo en las tareas rutinarias de la mañana: ducha, crema, ropa. Movimientos mecánicos repetidos miles de veces. Zona de confort.

Doy tres golpes en la puerta de Alex.

—Buenos días. Fui hace un rato y me di cuenta de que estabas durmiendo. No tienes buena cara, ¿has descansado bien?

—Sí, más o menos. Vamos a desayunar que no tenemos mucho tiempo. Ya sabes que hay que ser puntuales.

—Puedo desayunar muy rápido si quiero, no te preocupes.

Engullimos un par de *croissants*, pedimos cafés para llevar en el bar del hotel y salimos casi corriendo. Pero cuando llegamos a la casa una asistente nos indica que la cita se ha cancelado.

—El dueño ha tenido que salir y yo no estoy autorizada a enseñar la obra. Ayer la estuve llamando por la tarde. Incluso el envié un mensaje.

Saco el móvil del bolsillo del abrigo y lo desbloqueo con gesto automático. Tengo que deslizarme infinitamente para encontrar las llamadas de la mujer entre el aluvión de las de Marcos.

—Discúlpeme, tenía el móvil en modo no molestar y no me he dado cuenta hasta esta mañana. ¿Podemos concertar otra cita?

—Sí, claro —consulta su *tablet*—. Tengo hueco en febrero.

—Eso es dentro de tres meses.

—Sí, correcto.

Siento que el cerebro se me bloquea. Por suerte, Alex toma las riendas.

—Fallo nuestro no haber visto sus llamadas, perdone las molestias que le hemos ocasionado, pero esta cita se concertó a través del catedrático Abel Grela, de la Universidad de Santiago de Compostela. No es una visita turística, estamos trabajando en una tesis sobre el beso en la historia del arte y es fundamental recoger la visión de Toulouse-Lautrec. Será una visita muy breve, solo necesitamos un vistazo rápido. —Veo que la mujer duda. Alex insiste—. Entiendo que al haber sido ustedes los que han cancelado la visita, por causa mayor, estoy seguro, nos deberían de ofrecer una alternativa que no sea esperar tres meses.

—Veré que puedo hacer. Esperen un momento, por favor —dice señalando unas butacas verdes de terciopelo.

Me siento y me hundo muchísimo. Es una postura muy poco favorecedora, si Cris estuviera aquí me estaría lanzando una de sus miradas de censura. No puedo dejar de imaginarla mirándome así que me incorporo de nuevo y me quedo en equilibrio sobre el borde. Alexander se pasea por la habitación aparentemente tranquilo.

—Si no puedo incluir esta obra tendré que reorganizar todo el trabajo.

—Nos la van a dejar ver, no te preocupes.

—Ojalá tener tu seguridad.

—No te creas que nací así, esto se trabaja, y tú también puedes conseguirlo. —Se detiene para centrar su atención en mí.— Puedes conseguir lo que te propongas, estoy seguro.

Me estiro sin ser consciente de que con el movimiento mis pechos se proyectan hacia adelante. Alexander baja la mirada hasta mi escote y el corazón se me acelera.

La llegada de la asistente corta la tensión sexual.

—Si pueden regresar a las dos, tendrán veinte minutos para ver la obra. Es todo lo que he

podido conseguir.

Miro el reloj, las doce y cuarto. Le damos las gracias y salimos a la calle. El viento se ha levantado así que me encojo en mi abrigo.

—Creo que es el día perfecto para un *brunch* —propone Alex.

—Lo que sea, pero que se esté calentito.

—Vamos, conozco el sitio perfecto y está a dos calles.

Caminamos deprisa y en unos minutos estamos sentados cómodos y a salvo en la calidez del local.

—Bueno, mi inestimable actuación resolviendo esta crisis sí se merece un beso, ¿no?

—Un agradecimiento y ya. No ha sido por ti, ha sido por la autoridad del profesor Grela.

—He usado todos los recursos a mi disposición, no me quita mérito.

Agarro su mandíbula, le giro la cara al frente y le planto un sonoro beso de abuela en la mejilla.

Nos echamos a reír. Una pareja mayor que se sienta a nuestro lado nos echa una mirada y se ríen a su vez.

Salimos del local tan hinchados que avanzaríamos más rápidos rodando que caminando. El viento ha cesado y, aunque el frío se extiende por la ciudad, el corto paseo de vuelta se hace un poco más agradable.

La misma asistente de antes nos abre la puerta y nos lleva a través de pasillos y escaleras hasta una salita donde se encuentra el cuadro.

Se aparta para dejarnos espacio, pero sigue con atención todos nuestros movimientos.

Alexander no me hace ninguna pregunta, se limita a sacar su bloc de notas.

Me concentro en el óleo. Dos mujeres se abrazan y se besan en una cama. Es importante en la trayectoria de Toulouse-Lautrec por la ternura que se desprende de la escena, muy alejada de la frialdad del resto de sus obras.

Las mujeres son dos prostitutas amigas del pintor y esta obra, junto a otras tres, formaban parte de una serie que el dueño de un burdel encargó para decorar su local.

Saco mi iPad pensando en el paralelismo entre su disposición original y la actual, no se creó para ser exhibida en público sino para ser disfrutada en la intimidad de unos salones. Y así continúa, al acceso de muy pocos.

La composición hace que el foco se centre en las dos figuras, en el vínculo que comparten en ese instante. Tomo nota de dedicar unas líneas a la pincelada y los colores.

—Lo siento, se ha acabado el tiempo —nos informa la asistente.

Le damos las gracias mientras guardamos iPad y cuaderno respectivamente y salimos de

nuevo al frío de las calles de París.

Alexander se para frente a una tetería.

—¿Una infusión calentita y digestiva para bajar el *brunch*? Todavía lo tengo en el esófago.

—Venga.

El local tiene una luz cálida muy íntima. Escogemos unos cojines colocados sobre una alfombra con patrones orientales.

La carta nos abruma un poco por la cantidad de elecciones disponibles. Dudamos entre varias opciones y al final Alexander pide un té verde con jengibre y yo me decanto por rooibos con cítricos.

—Ah. —Pega un respingo con el primer sorbo—. Arde.

Sonrío y pruebo el mío.

—Este está bien de temperatura. Y muy rico. Tiene canela. —Lo noto por el sabor a madera.

—¿Me dejas probar?

Le tiendo la taza cogiéndola por la base para ofrecerle el asa y que no le queme la temperatura de la cerámica.

—Auch, ¡está hirviendo también! Tienes el paladar de amianto.

Sonrío y recupero mi taza.

—Eres un quejica, no es para tanto.

Frunce el ceño enviándome una mirada fingidamente ofendida y recupera la carta para buscar una infusión fría.

—Té negro con limón y menta, por favor.

Se toma la bebida fría mientras el té verde se temple. Yo me termino mi rooibos y pido otro, pero esta vez con vainilla.

No paramos de charlar y bromear en todo el tiempo que estamos allí y olvido a mi ex, olvido la tesis y olvido París. Solo somos dos amigos pasando el rato en una tetería.

La magia se rompe cuando recibo el primer mensaje de la tarde de Marcos. Solo contiene una palabra: «firma». Silencio el móvil y decido ignorarlo, pero noto la vibración de la notificación una y otra vez.

Empiezo a sentir ese peso en el centro de mi pecho que me impide respirar, mi viejo amigo.

Necesito tumbarme un par de horas en la oscuridad y en silencio. Me excuso con Alexander, regresamos al hotel y me refugio en mi habitación.

Entra una llamada y por una vez no es Marcos.

—Elba, ¿qué tal estás?

—Bien, pero tengo un asunto urgente que necesito hablar contigo. Me ha salido una oportunidad de inversión y tengo muy poco margen, ¿tienes el dinero del traspaso?

Mi respiración se entrecorta y el peso imaginario se hunde un poco más.

—Todavía no, pero estoy a punto de conseguirlo.

Oigo como expulsa el aire a través de la línea.

—Mónica, ya sabes que prefiero que te quedes tú con la galería, pero no puedo dejar pasar esta inversión, ¿puedes adelantarme al menos el cincuenta por ciento? Si me garantizas eso puedo seguir esperándote.

—Puedo hacerlo —aseguro fingiendo una certeza que no tengo—. ¿Cuántos tiempo puedes darme?

—Cinco días, ni uno más. Lo siento.

—Lo conseguiré.

Acto seguido llamo a Ana para preguntar cuál es la situación.

—¿Qué pasa, mala pécora?

—Dime cómo va la negociación. Dame una buena noticia, por lo que más quieras.

—No puedo, no va bien. Me temo que la cosa va para largo. Están muy firmes en su posición y no veo por dónde entrarles al cuello. Lo siento.

—No lo sientas, lo estás haciendo lo mejor que sabes y te lo agradezco infinito.

—Me está llamando mi jefe, ¿hablamos luego?

—Claro.

—Cuídate.

Me derrumbo en la cama. Durante las llamadas Marcos ha redoblado su plan de inundarme el teléfono de mensajes.

Escucho las notificaciones que llegan de manera regular sin energía para levantarme a apagar el móvil.

Al cabo de un rato paran y después llega solo una.

El dolor punzante se ha vuelto sordo dentro de mi pecho. Cojo el móvil y veo el último mensaje en pantalla: «Si quieres que pare, firma».

Aunque no es todo lo que me corresponde, lo que me está ofreciendo ahora cubriría el cincuenta por cierto que me pide Elba. Me levanto en automático, cojo los papeles, un boli y empiezo a firmar en cada folio. Las lágrimas caen silenciosas por mis mejillas. Las detengo con la manga de mi jersey para que no terminen mojando las hojas.

Meto el documento en el sobre prefranqueado de la empresa. Me detengo en el baño para limpiarme la cara. Tengo una pinta horrible. Salgo de la habitación con el sobre y doy tres golpes en la puerta de Alexander.

—¿Me puedes hacer un favor? —le digo en cuanto abre—. ¿Puedes enviar esto por correo?

—Claro —dice tomándolo—. ¿Cómo te encuentra? ¿Te apetece ir a cenar al Moulin Rouge?

—Esta noche no, quiero estar sola.

Ya me estoy girando para regresar a mi habitación cuando él posa su mano en mi hombro con

toda la suavidad del mundo.

—Ey. Si me necesitas estoy aquí mismo.

No me atrevo a contestar por miedo a que se desate un torrente de llanto que se me lleve por delante, así que asiento en silencio. Cierro la puerta de mi habitación y respondo al último mensaje de Marcos: «Está hecho».

Apago el móvil. Me apoyo contra la puerta porque las piernas están dejando de responderme. Me dejo deslizar contra la madera hasta el suelo. Entierro la cabeza entre las piernas, abro las compuertas a mis emociones y me dejo arrollar.

El beso, Auguste Rodin

Museo Rodin. París.

Me despierto sintiéndome una zombi. Enciendo el móvil, no hay rastro de Marcos. Al fin.

Tengo un mensaje de Alex invitándome a desayunar en la cafetería de ayer, pero no me siento con fuerzas. Respondo que mejor nos vemos directamente en el Museo Rodin.

De todas las obras que forman parte de mi tesis, *El beso* de Auguste Rodin es sin duda mi favorita. Siempre me he sentido fascinada por esa escultura y creo que tiene buena culpa de que acabara eligiendo estudiar historia del arte.

No he tenido muchos profesores buenos a lo largo de todos mis años como estudiante. La mayoría eran personas desmotivadas, sin vocación, que quizá escogieron la profesión buscando un puesto seguro de funcionario.

Una lástima.

La parte buena de eso es que me ha hecho apreciar de verdad a aquellos que sí lo fueron.

Mi profesor de fundamentos del arte en bachillerato me hizo enamorarme de este mundo. Nunca nos lo explicaba todo desde el principio, dejaba que llegáramos a nuestras propias conclusiones. Con él empecé a observar de verdad.

Y a mitad de carrera, cuando empezaba a desmotivarme, una profesora logró que me volviera a enganchar.

Nunca olvidaré la primera clase con ella. Puso la imagen de un cuadro y nos preguntó qué era. Empezamos a citar el título de la obra, el autor, el año y ella nos cortó bruscamente:

—¡Es una imagen! Si no habéis estado delante de una obra de arte no la habéis visto en realidad.

Hoy voy a estar delante de una de mis obras favoritas. Debería de estar ilusionada, por primera vez la voy a ver de verdad. No en una foto, no en un vídeo. La voy a ver.

Pero no hay emoción dentro de mí. Anoche las gasté todas.

Permanezco dando vueltas en la cama hasta que llega la hora de salir. Me visto como una autómatas y me dirijo al museo.

Cuando llego Alexander ya está ahí.

Me saluda cauteloso.

—¿Todo bien?

—Sí, gracias. ¿Podemos concentrarnos en la obra?

—Por supuesto, dime qué ves.

—Rodin rompe con la vista frontal demostrando que la obra debe ser apreciada desde diferentes puntos de vista. —Saco el iPad y tomo nota de ello—. Además del tratamiento de los materiales expresa los sentimientos de los amantes a través del movimiento de sus cuerpos en los que sacrifica la exactitud anatómica para acentuar la fuerza expresiva.

—Sobresaliente, doctoranda.

El orgullo en la voz de Alex me hace sentir bien. El hecho de sentir algo me ha rescatado de golpe de mi vida como zombi.

—Las figuras eran en su inicio dos personajes de *La divina comedia*, ¿la has leído?

—En su día, pero repasé la escena cuando estaba preparando el viaje. Rodin diseñó esta obra para que formara parte de La puerta del infierno. Son Paolo y Francesca, asesinados por el marido de ella cuando los sorprendió besándose. La pareja fue condenada a vagar en los Infiernos. Pero en —consulto el dato—, 1886, el escultor se dio cuenta de que esta representación de felicidad y sensualidad no encajaba con el tema y la convirtió en una obra autónoma.

—Todo un acierto.

—Desde luego.

Doy un par de vueltas para apreciar bien cada detalle. Me tomo mi tiempo.

Regreso al lado de Alex.

—Siempre me ha fascinado esta obra.

—Y a mí.

Nos quedamos un buen rato en silencio, contemplando su belleza.

La gente entra en la sala, da una vuelta rápida, se detiene un momento frente a *El beso* y se marcha.

—Mañana volamos a Milán —comienza Alex—, es nuestra última oportunidad para visitar la torre Eiffel. ¿Quieres ir a verla? Desde aquí la tenemos a veinte minutos andando.

—¿Ir a verla? Llevamos días viéndola —sonrío.

—Sí, pero de lejos y como paisaje de fondo. Y lo digo más por el paseo por la orilla del Sena. Hoy no hace viento y la temperatura está casi agradable.

—Casi agradable, supongo que eso es lo máximo que podemos pedir al mes de noviembre en París. Vamos.

Salimos del museo y caminamos los primeros minutos en silencio. Mi cuerpo agradece el movimiento y mi mente se serena concentrada en disfrutar del aire fresco y murmullo suave del agua.

—He estado pensando en lo de exponer en tu galería. ¿Tienes novedades del proyecto?

—Sí, está casi hecho.

—Hoy es el día de los casis —se ríe.

—Ya ves, la vida nos escatima las certezas.

—Siempre. Pero creo que es más divertido así. —Enlaza mi brazo con el suyo como si fuésemos una pareja del siglo XVIII—. Me gustaría hacerte una propuesta concreta. Tengo una idea de las obras que tendrían sentido juntas, pero todavía tengo que darle un par de vueltas. Quiero presentártelo de manera formal, y luego tú decides. Sin obligación de ningún tipo.

—Me parece perfecto, Alex.

La conversación se ha zanjado, pero él tarda un par de minutos en desenlazar nuestros brazos.

—No quiero ser profesor toda la vida —retoma—. Me siento muy afortunado de tener esta posición y esta seguridad laboral. He trabajado mucho para llegar tan rápido a aquí y no quiero despreciar lo conseguido, pero este no es mi camino. Siento que necesito volver a pintar. Nunca lo he dejado por completo de lado en realidad, pero necesito volver a ponerlo en el centro. Y tu ofrecimiento es la motivación que necesitaba para ello.

—Me alegra mucho —digo, y pienso «tengo que conseguir ese traspaso como sea».

Cuando llegamos a la torre damos un paseo por *Champ de Mars*, como se denominan los jardines que la rodean. Están instalando un mercadillo de Navidad y hay algunos puestos abiertos. Huele a castañas asadas. Esta zona suele estar llena de gente, locales y turistas, pero hoy está bastante despejada, así que el paseo resulta agradable.

—¿Sabes que este es el monumento turístico más visitado del mundo? —me pregunta Alex.

—No, no lo sabía.

—¿Y que hay una habitación secreta en la cima? Hace años que está cerrada al público. Gustave Eiffel la usaba para recibir a visitantes famosos, a Thomas Edison por ejemplo. Dicen que tiene unas vistas increíbles de la ciudad.

—Guau, has estado estudiando. ¿Por qué me parece que la visita a la torre no ha sido casual?

—Por supuesto, quería impresionarte. Todo forma parte de un plan estratégico para que te enamores de mí, ya te lo dije.

Sonrío, me muerdo el labio inferior y desvío la mirada.

—¿Voy por buen camino?

Me giro hacia él. Sus ojos brillan.

—Sí —susurro.

Unos niños pasan gritando muy cerca de nosotros.

En los últimos minutos ha empezado a llegar gente y se está formando una aglomeración. Parece que la tranquilidad se ha acabado. Ya sabía yo que esto no era normal.

Alex nota mi incomodidad.

—¿Tienes hambre? —me pregunta—. He pasado la mañana vagando por el hotel y he descubierto un salón privado que se puede reservar. Lo tenemos a nuestra entera disposición todo el día.

—¿Solos tú y yo? ¿Sin gente ni ruidos alrededor?

—Suenan bien, ¿eh? Por cómo te vi anoche imaginaba que no ibas a estar para multitudes hoy. Inspiro profundamente.

—Gracias. De verdad.

Alex le quita importancia con un gesto de la mano.

Sugiere tomar un taxi e ir directos al hotel y acepto. Entrar en la vorágine del metro de París no es lo que más me apetece ahora mismo.

Cuando llegamos, Alex me lleva directamente al salón. Es un espacio amplio, más grande que mi habitación. Hay una mesa redonda con cuatro sillas forradas de terciopelo rojo y un par de mesas auxiliares junto a la pared. También hay una pequeña barra de bar con una carta de cócteles.

—Funciona a partir de las ocho —aclarando cuando me ve fijarme en la barra—. Lo he consultado.

Me dejo caer en una de las sillas. Hay una jarra de agua con rodajas de limón y hielo en medio de la mesa. Me sirvo un vaso.

—Antes de comer, me gustaría darte algo.

Levanto la vista hacia Alex. Saca un paquete cuadrado de uno de los bolsillos de su americana. Está envuelto con papel de seda mostaza y un lazo de raso negro.

Me lo tiende con gesto tímido.

—Espero que te guste.

Retiro el papel con delicadeza en silencio porque me he quedado sin palabras. Debajo hay un estuche de joyería. Lo abro y me encuentro un colgante. Es un hada de plata inclinada hacia adelante. Sus alas están hechas con una piedra preciosa amarilla, imagino que citrino.

—Me he dado cuenta de que llevas una cadena, pero nada colgado en ella. Vi esto en un escaparate y pensé que te gustaría.

—¿Hay tiendas en el hotel?

—No. Creo que no, vamos. El hada la compré en Oslo. Estaba esperando un buen momento para dártela y creo que este es el mejor.

—Me encanta.

Desabrocho mi cadena y paso el aro del colgante por ella. Alex me hace un gesto de ayuda y asiento. Se sitúa a mi espalda y asegura el enganche de la cadena por mí. Cierro los ojos un breve instante para concentrarme en los dedos aleteando sobre la sensible piel de mi nuca.

Regresa a su posición sin ser consciente de nada, sonriendo con expectación.

—¿Te gusta de verdad?

—Me flipa. Es preciosa, ¡gracias!

—Pues ahora sí, ¡a comer! ¿Qué te apetece?

Repaso la carta que ya tengo guardada en el móvil.

—Pues es nuestra última comida en París y todavía no he probado la *bouillabaisse*, así que eso.

—Um... Te acompañaría, pero no me apetece mucho comer pescado hoy. Creo que pediré *ratatouille*.

—Uy, qué rico. ¿Me dejarás probar un poco?

—Claro que sí —dice sonriendo—. Ahora mismo vengo.

Otra cosa en la que Alex se diferencia de Marcos. A mi ex le enfadaba muchísimo compartir la comida. Robarle una patata significaba una reprimenda. Pedir un postre para dos era misión imposible.

Marcos tenía problemas con los dulces en general, pero solo si era yo quien los comía. Más de una vez me recriminó mis kilos de más. Debería verme ahora. El ajeteo de las últimas semanas casi me ha devuelto a mi peso inicial.

No sé por qué sigo pensando en él.

Todavía tengo el móvil en la mano. Deslizo la lista de mensajes enviados ayer. Son muchísimos.

Una idea empuja en mi cabeza.

—Perdona la tardanza, tenía que pasar por la habitación a coger esto —dice tendiéndome el sobre con los documentos del acuerdo de divorcio—. ¿Sigues queriendo enviarlo?

Me quedo absorta en el sobre, con el cuerpo bloqueado y la mente a mil revoluciones.

—Sé que me pediste que lo llevara a una oficina postal, pero me pareció que no estabas pasando un buen momento y tengo una norma —aclarar Alex—, nunca tomo decisiones importantes cuando estoy triste.

—No. No quiero enviarlo —digo recogiendo el sobre—. Gracias por no haberlo hecho. Dame un momento, tengo que hacer una llamada.

Salgo del salón. Hago unos cuantos pantallazos de los mensajes y se los envío a Ana con un mensaje: «¿Puedes hablar?»

Me llama al momento.

—¿Qué coño...?

—Solo te he enviado una muestra, pero tengo mucho más. Ayer Marcos se estuvo empleando a fondo para que firmara. ¿Te puede servir para hacer presión en la negociación?

—¿Qué si me puede servir? Esto es la baza que necesitábamos para hacer caer la balanza a nuestro favor. Y el muy gilipollas nos la ha puesto en bandeja. Le voy a poner una denuncia por acoso que se va a cagar.

—Solo quiero que me dé lo que me corresponde, necesito el dinero ya.

—No te preocupes que con esto va a ir rapidísima la negociación. Déjalo todo en mis manos.

Tú sigue metiéndole la lengua en la campanilla a tu director de tesis.

—¿Qué? ¡No le estoy metiendo la lengua en ningún sitio!

—A mí no me importaría.

Oigo la voz de Alex a mi espalda y me envaró.

—Perdona —dice al pasar por mi lado—. He olvidado pedir el vino.

Se aleja por el pasillo y oigo las carcajadas de Ana al otro lado de la línea.

—Te voy a matar.

—Disfruta, mala pécora, dale una alegría a ese cuerpo serrano.

Cuelgo, regreso al salón y me recreo en romper el sobre y su contenido en trozos muy pequeños.

El beso, Francesco Hayez

Pinacoteca de Brera. Milán.

Volar de París a Milán nos lleva algo menos de dos horas y llegamos a Italia a tiempo de realizar la visita a la pinacoteca de Brera, donde nos espera el beso de Francesco Hayez.

Sin embargo, decidimos postergar el trabajo para la tarde y pasar una mañana relajada en el hotel.

Alex me ha dicho que se va a encargar de buscar un buen sitio para comer así que no tengo que preocuparme más que de descansar.

El hotel está situado en un antiguo palacio que conserva muchos elementos de su pasado.

Mi habitación aquí es un poco más pequeña que la que tenía en París y a la que tanto me había acostumbrado, pero tiene mucho encanto. La madera del suelo cruje de una forma que me recuerda al antiguo piso donde crecí.

La cama es enorme, tan grande que podría dormir en horizontal perfectamente. Hay muchísimas almohadas de diferentes tamaños y firmezas.

La bañera también es inmensa. Aprovecho para ponerme a remojo un buen rato, dejando que el agua caliente me relaje los músculos. El gel que he vertido bajo el chorro del grifo mientras se llenaba se ha convertido en montones de suave espuma. Deslizo las manos sobre ella y el aroma a lima y menta me trae recuerdos de un tiempo más sencillo.

La pausa que nos dio Francia ha terminado y volvemos a la rutina de un día, un país. Aunque por poco, Italia es nuestro penúltimo destino.

Debería estar triste porque esto se acaba y es verdad que me da un poco de pena, pero sé que el final de este viaje es el comienzo de una nueva etapa en mi vida. Una etapa que estoy deseando encarar.

Anoche nos quedamos disfrutando del salón reservado hasta tarde. A las ocho en punto llegó un barman para atender la barra de cócteles y cumplir todos nuestros deseos alcohólicos. Le sacamos mucho partido. Y por supuesto, la libreta puntuadora de Alex volvió a aparecer.

Después del baño, remoloneo sobre la cama probando las almohadas.

Suena la música de Psicosis. Tardo un par de tonos en descolgar, mientras camino hasta la puerta y vuelvo, decidiendo qué quiero hacer.

—Es la última vez que te contesto, que lo sepas.

—Nena, no sé qué mierda está pasando, pero podemos arreglarlo. Dime dónde estás y voy a verte.

—No, se acabó, Marcos. No tenemos nada que hablar. Si tienes algo que decir del acuerdo de divorcio llama a Ana.

—No quiero llamar a Ana, quiero hablar contigo, solos tú y yo, como antes. Como siempre. ¿De verdad vas a tirar por la borda todos nuestros años juntos?

—Tú lo hiciste cuando te follaste a Daniela.

—Eso no fue nada, no le des importancia. Además, el sexo entre nosotros se había convertido en un trámite.

—¿Y de quién fue la idea de tener un bebé? Porque a mí ni me pediste opinión.

—No removamos el pasado ahora.

—Tienes razón, nuestra historia es pasado y yo ya he empezado un nuevo capítulo en mi vida. Que te vaya bonito.

—¡Ni se te ocurra colgarme, zorra!

—Ah, ahí está el Marcos sin careta.

—No me hagas enfadar, te lo advierto.

—Se acabó. Hasta nunca.

Corto la llamada y bloqueo su número. Hago una captura de la bandeja de llamadas entrantes y se la envío a Ana. Dejo el móvil sobre la mesita y me lanzo otra vez sobre la suavidad y blandura del montón de almohadas.

Hay una que es especialmente ligera. Yo me siento exactamente así. Liberada.

Escaneo mentalmente mi cuerpo.

Desde que encontré a Marcos con Daniela se había instalado en mi cabeza una sombra que a veces no me dejaba pensar con claridad y en mi pecho un peso que a menudo entrecortaba mi respiración.

Se han ido.

A la hora de comer Alex viene a buscarme a mi habitación.

—El restaurante está un poco lejos —explica—, pero creo que merece la pena.

Cogemos un taxi en la puerta del hotel. Asisto divertida al esfuerzo de Alex de comunicarse en italiano con el conductor. Bueno, parece que no es perfecto, al fin y al cabo.

Mi móvil vibra en el bolsillo, es Ana.

—¡No puede hacer eso! —suelta indignada.

—Me lo imaginaba, por eso te avisé. Pero ya está, he bloqueado su número.

—Has hecho bien. Ahora mismo llamo a su abogado. Vamos a cerrar este tema de una vez por todas.

—Vale, lo dejo en tus manos.

Pasamos al lado del Arco de la Paz y aprovecho para admirarlo. El taxi se detiene en una callejuela estrecha. El restaurante tiene esa aura romántica que me recuerda al local de Montmartre. En cuanto entramos ya sé que me va a encantar.

—¿Qué te apetece? —pregunta Alex.

—¿Qué me recomiendas?

—El *risotto alla Milanese*: arroz, azafrán, caldo de carne y vino blanco. Es la especialidad de este restaurante. Es lo que voy a pedir yo.

—Pues que sean dos.

Aunque el lugar está lleno de gente los camareros atienden las mesas con eficacia marcial. Todo parece sincronizado a la perfección. La cocina está separada de la sala por una pared de cristal. Siempre me ha gustado eso. Me entretengo viendo trabajar a los cocineros mientras nos traen la comida.

Por supuesto el *risotto* está espectacular.

—Un diez, ¡gran acierto! —digo.

Alex sonríe con orgullo.

—Soy bueno escogiendo restaurante. Deberías considerar llevarme a cada viaje que hagas a partir de ahora.

Siento que hay algo más implícito en esa frase. Está esperando una respuesta, como si no fuera un comentario hecho al azar. Noto un vuelco en el pecho.

Me siento como si fuera *El caminante sobre el mar de nubes* de Caspar David Friedrich. Tengo frente a mí la belleza salvaje de la naturaleza. La promesa de una aventura me anima a dar un paso al frente, pero todavía no me atrevo.

Bajo la cabeza y me muerdo el labio inferior. Alex suelta el aire, como si lo hubiera estado reteniendo y cambia de tema de manera casual.

De postre ambos escogemos tiramisú. No se puede venir a Italia y no probarlo.

Después de comer nos dirigimos directamente a la Pinacoteca de Brera. Aprovechamos para dar una vuelta por el edificio, un palacio barroco, que me impresiona por su belleza.

Paseamos mostrándonos el uno al otro los elementos arquitectónicos y las obras de arte que nos llaman la atención, como una pareja de turistas más. Pero en cuanto estamos frente al cuadro de Hayez, Alex se pone en modo director de tesis de nuevo.

—Cuéntame algo.

—Francesco Hayez era un enamorado de la historia y aprovechando la corriente romántica que estaba inundando Europa decidió ubicar su escena en un mundo medieval. La postura de las figuras y su actitud de urgencia nos hace pensar en un amor secreto. Un amor prohibido como el de Romeo y Julieta.

—Imagino que vas a hacer referencia al significado de los colores.

—Sí, son los de las banderas italiana y francesa y representan la unión frente al dominio de los austríacos.

—Perfecto. —Alex guarda su libreta y se queda observando la pintura—. ¿Sabes que desde hace unos años se ha puesto de moda recrear este beso en redes sociales?

—Sí, lo he visto. Tenía intención de comentarlo por la manera en la que el arte se integra en la vida y cómo las grandes obras siguen siendo relevantes generación tras generación.

—¿No lo vas a enfocar desde el punto de vista de la desacralización del arte?

—Recogeré la idea, pero no es mi punto de vista principal. —Dudo. Por muy cercana que me sienta a Alex sigue siendo mi director de tesis—. ¿Te parece bien?

—Me parece bien lo que decidas hacer. Confío en que harás tu mejor trabajo.

En el tiempo que permanecemos contemplando la obra dos parejas nos piden espacio para hacer la famosa foto. Por lo visto se ha convertido en una especie de reto que hasta tiene su propio *hashtag*.

Siento surgir en mí de manera inconsciente el deseo de que Alex me pida ese beso que llevo tantos días evitando. Es un anhelo que proviene de mi corazón y que está empujando fuerte las barreras que han levantado mis miedos.

Lo observo. Está concentrado en el cuadro.

Imagino que se gira y lo dice. Pasan los minutos y no sucede. El auxiliar nos advierte que van a cerrar el museo. Empujo mis ganas de nuevo al fondo y salimos.

—¿Te apetece ir a tomar un café? Seguro que hay algún sitio chulo por aquí —propongo.

—No, creo que prefiero volver al hotel. Estoy un poco cansado.

Se estira y la camisa se le sale un poco por la cintura. Me descubro tratando de distinguir la firmeza de la piel, carraspeo y me centro en sus ojos.

—Ahora que lo dices, yo también. Regresemos.

La Pinacoteca no está lejos de nuestro hotel así que el viaje en taxi. Al llegar nos retiramos cada uno a su habitación.

Decido retomar la lectura de la novela que tengo a medias, pero me entretengo poniendo en orden algunas ideas sobre las que quiero profundizar en mi tesis. Llaman a la puerta.

Me encuentro a Alex sonriendo.

—*Signorina*, ¿le gustaría merendar conmigo?

—¿Merendar? —Le lanzo una mirada de sospecha—. ¿Qué has preparado?

—Ya lo verás.

Lo sigo hasta su habitación. Hay un mantel sobre la mesa auxiliar, y en el centro, un panetone inmenso. Lo acompañan dos cafés y dos platos. Me señala mi sitio, donde por supuesto me espera un *latte macchiato* en vaso, y él se sienta enfrente, con un capuchino.

—Lo he pedido en recepción y me lo han traído directo de la mejor confitería de Milán. Es el

tradicional, de frutas confitadas, pasas y cítricos. —Corta un par de porciones y coloca cada una en un plato—. Espero que te guste.

Cojo un pellizco del dulce con los dedos y lo saboreo con calma. Está tierno y aromático.

—Riquísimo.

Alex lo prueba y da su veredicto:

—El mejor panetone que he probado nunca.

Suena mi móvil. Lo saco del bolsillo y veo que es Ana.

—Perdona, tengo que coger.

—Adelante, no te preocupes.

No siento la necesidad de levantarme. No me importa si Alex escucha la conversación, a ese nivel de confianza hemos llegado.

—Hola, ¿qué tal?

—Dime que soy la mejor.

—¿Qué?

—Dime que soy la mejor, mala pécora.

Me río y Alex levanta las cejas y sonrío reaccionando a mi gesto.

—Eres la mejor.

—¡Así me gusta! Mañana tendrás el dinero en la cuenta. He conseguido que nos adelanten el importe porque soy la diosa de la negociación.

—¿Todo? ¿Lo que pedimos al principio?

—Todito.

—Joder, sí que eres la mejor.

—Lo sé. Aunque reconozco que tu ex me lo ha puesto muy fácil. ¡Cómo se puede ser tan capullo! Tendrías que haberte separado hace años.

—No estaba preparada.

—Supongo. Es lo que dice siempre Cris, que las cosas llegan cuando estamos listos para ellas.

Echo una mirada a Alex, está concentrado en partir otro pedazo del dulce.

—Sí, creo que tiene mucha razón. Nos vemos pronto. Te quiero.

—Y yo a ti. Supongo que te urge hablar con Elba, te dejo libre.

—Sí —digo dándome cuenta—, la voy a llamar ahora mismo.

—¡Cuídate!

—Perdona —le digo a Alex—, una llamada más y ya me concentro por completo en ti.

—No te preocupes, tengo un panetone casi entero para entretenerme.

—Pero no te lo comas todo —le advierto y busco el nombre de Elba en la lista de contactos.

—Dime, Mónica, ¿tienes buenas noticias?

—Buenísimas. Tengo el dinero del traspaso, el total. Ahora mismo estoy en Italia, pero dentro

de un par de días regreso y formalizamos el tema, ¿te viene bien?

—Me viene perfecto. Llámame cuando estés aquí.

—Así lo haré.

Cuelgo, guardo el móvil y juego con el hada que llevo al cuello de manera inconsciente. Es real. Voy a ser la propietaria de una galería de arte.

—¿Algo que celebrar? —intuye Alex.

—Cuando esté firmado —contesto—, y ahora, a darle duro a ese panetone.

El beso, Gustav Klimt

Galería Belvedere. Viena.

Me despierta el sonido de mi móvil. Son Ana y Cris que han iniciado una videollamada a tres. Descuelgo desde la cama con los ojos somnolientos.

—Buenos días —murmuro.

—¡Buenos días! —responden a coro.

—Mañana te vemos, ¿no? —pregunta Ana—. ¿A qué hora llegas?

—Estamos deseando darte un achuchón. Te hemos echado de menos —añade Cris.

—Oh, y yo a vosotras. Llego por la tarde, pero no sé a qué hora, lo miro. —Hago una comprobación rápida—. A las cinco y media.

—¡Mierda! No puedo. Tengo una reunión justo a esa hora —dice Cris.

—Di que estás con diarrea, nunca falla —aseguro.

—Yo no hago esas cosas.

—¿Tú no cagas? —pregunta Ana con voz seria.

Cris bufa y yo me río. Estoy a más de dos mil kilómetros de mi hogar y me siento en casa. Ese es el poder que tienen mis amigas.

—No te preocupes, Cris, ya nos veremos por la noche.

La conversación no se alarga cómo nos gustaría porque tengo un vuelo que coger. Me doy una ducha evitando dejarme seducir por el agua caliente para que permanezca bajo ella más tiempo del que tengo y hago la maleta antes de que Alex llame a mi puerta. Tomamos un café rápido en el hotel y salimos hacia el aeropuerto.

Volamos a Austria. Desde el viaje a Noruega no he tenido que pelearme por la ventanilla porque Alex me la cede por defecto, sin comprobar los billetes. Disfruto de la sensación en la boca del estómago cuando las ruedas del aeroplano se despegan del suelo. Regreso a casa, me queda mucho trabajo para terminar la tesis y sacar adelante un negocio y no sé cuándo volveré a tener la oportunidad de coger un avión.

El trayecto es corto, apenas hora y media. Desde el aeropuerto vamos directos al hotel, hacemos el *check-in* y salimos a dar una vuelta por los alrededores dispuestos a tomar un bocadillo en el primer Subway que encontremos.

Las calles huelen a vino caliente y especias. La ciudad ya está preparada para la Navidad pero no nos detenemos a admirarla, ambos tenemos ganas de llegar a la Galería Belvedere donde nos espera el que probablemente sea el beso más famoso de la historia del arte occidental: *El beso* de

Gustav Klimt.

Apenas unas horas después de haber aterrizado en Viena nos hallamos frente al óleo. Nos tomamos un tiempo en silencio para apreciar todos sus detalles.

Me impresiona su tamaño. Casi dos metros de alto y ancho. Lo sabía, pero aun así, hasta que no lo tienes delante no te haces una idea exacta. Vuelvo a acordarme de mi profesora y sé que, aunque he visto este cuadro mil veces, ahora lo estoy viendo por primera vez.

Al cabo de unos minutos ambos sacamos nuestros cuadernos: yo, el digital y él, el analógico.

—¿Qué me cuentas?

—Es una obra maestra del simbolismo y el *art nouveau*, sin duda. Una pareja se besa bajo una lluvia de oro y rodeados de naturaleza. Las flores y plantas a sus pies simbolizan la fertilidad del amor. —Tomo un par de notas y continúo—. A través de los detalles en la vestimenta se establece un contraste entre el mundo masculino y el femenino que se unen gracias al poder del amor.

—Supongo que harás alusión a los mosaicos bizantinos.

—Sí. Y de la historia detrás del cuadro, la historia de amor entre Klimt y Emilie Flöge.

—Sabes que no hay pruebas de que eso pasara, ¿verdad?

—Tampoco las hay de que no, así que elijo creer en el amor.

Y me doy cuenta de que es verdad. Estoy preparada para volver a creer en el amor.

—Cuando regresemos a España me gustaría seguir viéndote —digo.

—Lo daba por supuesto. —Sonríe—. Tenemos una exposición que montar.

Muevo la cabeza sonriendo también.

—¿De verdad vas a hacer que te pida que seas mi novio como si tuviéramos quince años?

—¿No sería súper romántico que me lo pidieras delante de este cuadro? —contesta haciendo una mueca—. Está bien, te libero de la pregunta, pero ¿me vas a dar al fin un beso de verdad?

Echo un vistazo rápido al encargado de sala, una joven le está preguntando algo. Miro hacia Alex y me pongo seria de repente. Me acerco despacio, disfrutando de la anticipación. Alzo mis manos hasta sus hombros y pruebo su labio inferior. Él responde, pero no toma las riendas, me deja dirigir el movimiento. Saboreo sus labios brevemente y me alejo deslizando mis manos por sus brazos hasta que nuestras palmas se encuentran. Él entrelaza nuestros dedos.

Nos quedamos delante del cuadro de Klimt un buen rato y después vagamos por la galería visitando el resto de salas. Alex quiere detenerse sobre todo en las obras de Egon Schiele y Oskar Kokoschka porque el expresionismo es uno de sus movimientos favoritos de las vanguardias. Se emociona y le dejo que se ponga en modo profe. Me parece súper tierno. No nos soltamos de la mano en ningún momento.

Decidimos cenar en el hotel, los dos tenemos más ganas de pasar esta última noche juntos y tranquilos que de excursión por Viena.

Nos dirigen a una mesa al lado de la puerta de los baños, pero pido con educación y firmeza una mesa mejor. Me dejan elegir y me decido por una muy íntima, medio oculta por una celosía de madera por la que trepa una enredadera.

Nos pasamos la cena echándonos miraditas de deseo, dejando claro lo que los dos queremos que suceda esta noche.

Nos saltamos el postre porque no aguantamos más las ganas que nos tenemos.

Subimos asidos de la mano hasta las habitaciones y tiro suavemente de él para meternos juntos en la mía.

Al cerrar la puerta aprovecho para enjaularlo entre mis brazos. Me acerco a su pecho, tiro de su camiseta liberando la base de su cuello y subo empapándome del olor de su cuerpo desde la clavícula hasta la oreja. Besando y lamiendo la piel a mi paso. La respiración entrecortada de Alex hace vibrar mi interior. Sus manos, que se habían aferrado a mi cintura como buscando la estabilidad, se cuelan bajo mi camisa y suben por mis costados hasta mis pechos.

Me entretengo un instante mordisqueando su lóbulo derecho antes de lanzarme a sus labios. Nos comemos la boca como si nunca pudiéramos saciarnos el uno del otro.

Se quita la cazadora, me quito el abrigo, pero apenas separamos nuestros labios, como si estuviéramos en medio de un reto.

Me detengo para tomar aire y Alex deja un reguero de besos desde la parte posterior de mi oreja izquierda hasta mi escote. Se entretiene en la piel sensible entre mis pechos mientras me desabrocha la camisa. Me aferro a la cintura de sus vaqueros y lo atraigo más hacia mí.

Baja las copas de mi sostén y mis pezones saltan duros y sensibles. Les dedica un buen rato su atención mientras yo me derrito de placer. Llevo las manos a su pelo, huele a menta, pero por debajo intuyo su olor corporal, que me regala la promesa de una aventura salvaje. Me libero de la camisa y el sujetador y él aprovecha para sacarse la camiseta.

Le doy la espalda, me inclino para quitarme los zapatos y froto mi culo contra su entrepierna. Da un respingo. Me estiro y me agarra los pechos mientras me besa la parte posterior de mi cuello. Siento su aliento detrás de las orejas y se me eriza la piel de los brazos.

Me da la vuelta y se concentra en la cremallera de mi pantalón. Alargo los brazos y hago lo propio con los botones de sus vaqueros. Cuando nos liberamos de las prendas nos detenemos un momento a contemplar nuestros cuerpos.

—Eres preciosa —dice, y siento la adoración en su voz.

—Estás todo bueno.

Se ríe. Ataca de nuevo mi boca y avanzamos hacia la cama. Mis manos suben por su pecho notando la firmeza de los músculos y las suyas se meten por debajo de mis bragas agarrándome el culo.

Cuando noto el colchón contra mis gemelos Alex alza mi trasero y yo subo las piernas

enredándolas en su cintura.

Le damos una tregua a nuestras lenguas y se deja caer sobre la cama girando para dejarme encima. Mi postura favorita. Me froto contra él y disfruto de la dulce tortura que nos provoca a ambos.

Cuando necesito más nos despojamos de la ropa interior para sentirnos por completo. Los suspiros y jadeos se intensifican. Somos un lío de piernas y brazos, de caricias y besos, entregados por completo al placer. La habitación se llena de olor a sexo.

En este espacio no hay pasado, no hay futuro, no cabe más que la conexión de dos seres. Dos cuerpos desnudos dispuestos a amarse hasta el amanecer.

Me despierto con la piel sensible y la mente llena de Alex. Me estiro sobre la cama, pero estoy sola. Antes de que mis inseguridades empiecen a hacer preguntas escucho la puerta y me incorporo.

Alex entra empujando un carrito lleno de comida.

—Buenos días, amor.

—Um, ¿qué traes?

—De todo. —Arrima el carro a la cama—. *Latte machiato* para ti, capuchino para mí. Zumo de naranja y pomelo. Bollos vieneses, mantequilla, mermelada y pan. ¿Querías algo más?

—No. Estoy completamente satisfecha. —Subo una mano por su pierna acentuando la connotación sexual de la frase.

—A partir de hoy viviré para ello.

Desayunamos entre gestos de cariño y bromas. A menudo, con mis primeros ligues en mi época universitaria, al despertar después de una noche de sexo sentí que la situación se volvía incómoda, pero con Alex es como si nos conociéramos de siempre. Lejos de entorpecer la relación esto ha servido para reforzarla más.

Siento que podríamos enfrentarnos a cualquier cosa en esta vida mientras nos mantengamos juntos. Y aunque estoy segura de que habrá momentos en que no estemos de acuerdo en todo, sabremos encontrar la manera.

El vuelo no sale hasta la tarde así que tenemos tiempo de un nuevo asalto. Lo disfruto todavía más que anoche porque ya empiezo a conocer su cuerpo, lo que le gusta y cómo reacciona.

Cuando al fin conseguimos despegarnos, él se marcha a su habitación a ducharse y preparar la maleta y yo aprovecho para hacer lo mismo.

Durante la comida planeamos nuestra vida en común. Nos sonreímos y tocamos con cualquier excusa, como dos adolescentes enamorados.

—¿Quieres trasladarte a mi piso? Imagino que querrás buscar algo que nos guste a los dos

pero puede ser una solución temporal.

—Sí, por favor, adoro a mi madre, pero no puedo seguir durmiendo en mi cama de niña.

—¿Tienes sábanas rosas? —pregunta con sorna.

—Y edredón rosa. Tengo el pack completo.

Alex se queda dormido en el avión. Lo observo y sonrío. Yo también siento la falta de sueño, pero estoy nerviosa por saber qué opinarán Ana y Cris de él.

Cuando salgo a la terminal localizo enseguida a mis amigas. Empiezan a saltar al verme.

Alex toma mi maleta.

—Ve a saludarlas.

Corro hacia ellas y nos fundimos en un gran abrazo a tres.

Ninguna tiene ganas de separarse así que lo hacemos durar más de lo que se consideraría protocolario.

Alex espera paciente a distancia.

—Me alegra que hayas podido venir, Cris.

—Tenías razón, la excusa de una buena cagatera es infalible —dice Ana.

Cris se pone roja.

—¿Podemos dejar de hablar de excrementos? Hace dos semanas que no vemos a Mónica y tenemos mucho que contarnos.

—Primero lo más importante. —Alargo un brazo hacia Alex—. Quiero que conozcáis a Alexander.

Baile en el Moulin de la Galette, Pierre-Auguste Renoir

Museo de Orsay. París.

Desde que mis padres se separaron las Navidades siempre han sido todo un espectáculo. En estas fechas me siento como si estuviera dentro de *El circo*, de Seurat, haciendo equilibrios y malabares mientras divido mi tiempo entre mi madre, mi padre y mis amigas. Este año, además, tengo que sumar a Alex y su familia.

El peregrinaje empieza la tarde de Nochebuena en casa de mi madre. Alex y ella se han entendido muy bien desde el principio y lo agradezco. Hace que todo sea más fácil.

La prueba de fuego sin duda es la comida de Navidad en casa de mi padre. Se encuentra totalmente anulado por su nueva pareja, que no disimula su animadversión hacia mí y no pierde ocasión de criticarme.

—¡Hombre! Ha llegado la perdida —me saluda en la puerta—, ¿ya sabes lo que vas a hacer...?

Se queda cortada cuando me ve agarrada de la mano a Alex.

Él me da un breve apretón. Su presencia me transmite la fuerza para no agachar la cabeza y dejarme pisar como he hecho siempre.

—Lo tengo todo muy claro, ¡gracias por tu interés!

Mi madrastra no se mantiene callada por mucho tiempo. Alex deja que tome la iniciativa, pero en cuanto ve que me enfrento a ella se une a mi equipo y empieza a divertirse a su costa. Consigue hacerla quedar en evidencia manteniendo siempre una sonrisa educada que la desarma.

Se le da de maravilla.

La tarde de nochevieja conozco al fin a su familia.

—¿Esta es tu doctoranda?

El padre baja la mirada a nuestras manos enlazadas y vuelve a subirla para dejarnos clara su censura. La madre tampoco disimula su descontento.

—Es mi pareja. Y no es asunto vuestro.

Parece que no están acostumbrados a que les rebatan porque no saben bien cómo actuar.

Esta vez me toca a mí mostrar mi apoyo con un apretón de manos.

La velada transcurre en una tensa cordialidad hasta que llega Javier, su hermano, y logra romper la dinámica.

Me cae bien. Me lo imagino de niño, junto a un mini Alex, acurrucados en una cama compartiendo sus lecturas y siento ternura. Me gustaría que siguiera cultivando el vínculo con su

hermano y lo ayudaré en lo que pueda para que ese proceso de sanación que han iniciado siga su curso.

Javier me recuerda un poco a Cris, cerebral y de principios férreos. Podríamos ser amigos.

Sin embargo, sé que nunca seré íntima de sus padres, igual que nunca lo he sido de mi madrastra, pero no hace falta. Si somos capaces de vernos una vez al año sin sacarnos los ojos lo consideraré un éxito. Tengo muy claro cuál es mi verdadera familia.

Con la ayuda de Elba consigo tener lista la galería para su reapertura en un tiempo récord. El uno de enero inauguramos con la obra de Alex y una fiesta privada para familia y amigos.

Quizá no sea la mejor fecha, pues todos andamos arrastrando la resaca de la noche de fin de año pero, era importante para mí por el simbolismo que conlleva: nuevo año, nueva vida. Esta vez no puede ser más cierto.

Avanzo entre la gente comprobando que todo el mundo tenga comida y bebida. Todos me felicitan, se encuentran a gusto.

Cris me ha recomendado una empresa de *catering* y estoy muy contenta con la labor que están desempeñando, los fijo mentalmente para seguir contando con ellos.

En un momento dado me fijo en la cristalera que da a la calle y veo a Marcos observando el interior del local con una pinta lamentable.

Nuestras miradas se cruzan y me yergo retándolo a entrar, pero se gira y desaparece calle abajo.

Me vuelvo hacia el barullo de risas de la gente y localizo a Alex. Está junto a la barra. Me acerco, deslizo un brazo por su cintura y me acurruco contra él. Me da un beso en la sien y me ofrece una copa de champán.

Veo a Cris seleccionando con interés qué canapé se va a comer a continuación. Javier está a su lado, tratando de llamar su atención. Busco a Ana, lleva toda la noche coqueteando con Elba. Ya le he dicho que tiene novio, pero ella confía en su capacidad para llevarla al «lado oscuro».

—Tu madre ha venido con alguien, ¿te lo ha presentado?

—Sí —sonríó—. Me lo ha presentado como un amigo. Me ha hecho gracia que le dé reparo contarme la verdad. Tiene derecho a reconstruir su vida, mi padre lo hizo.

—Pero tú estabas a su cargo, es comprensible que no quisiera meter a una tercera persona en la ecuación.

—Lo entiendo, pero ya soy adulta.

Alex se encoje de hombros.

—¿Costumbres arraigadas? A veces no es fácil cambiar.

—Supongo que es raro para ella volver a tener novio.

—Sí, seguro. Por cierto, no he visto a tu padre.

—No ha venido. Desde que está con Marina nunca viene a nada.

Me acerca más a su costado.

—Me da igual —aclaro—. La gente que quiero está aquí, no necesito más.

Un camarero pasa por delante de nosotros ofreciéndonos más champán. Dejamos las copas vacías y tomamos otras dos.

Cuando se aleja hago un gesto hacia Javier.

—Lleva toda la noche intentando ligar con Cris, ¿debería decirle que es lesbiana?

—Na, ya se dará cuenta —contesta con una sonrisa.

—¿Tus padres...?

—Hoy no les venía bien. Ya vendrán otro día.

Le devuelvo el gesto apretándolo contra mí.

—No pasa nada, tengo justo a mi lado a la persona que más quiero.

Decidí quedarme con mi madre durante las fiestas, pero en cuanto pasa el día de Reyes comienzo a empaquetar las pocas cosas que había llevado a su casa para trasladarlas al piso de Alex.

El resto de mis escasas pertenencias están todavía en un trastero de alquiler y creo que se quedarán allí hasta que hayamos encontrado nuestro hogar definitivo.

Dicen que la convivencia es la tumba del amor. Yo también lo creía. Pero una vez más la relación que tengo con Alex rompe mis esquemas al comprobar que nos coordinamos a la perfección en nuestras rutinas.

Cuando estoy instalada organizo una cena con Ana y Cris para enseñarles el piso.

Nunca llegué a pensar demasiado en ello, pero me hubiera supuesto un conflicto interno que a mis amigas no les cayera bien Alex. Por suerte les encantó desde el principio.

—Nena, ¡qué bien te lo has montado! —dice Ana.

Cris asiente mordisqueando un *grissini*.

Estamos sentadas en el salón, untando palitos de pan en crema de queso camembert mientras Alex termina de preparar la cena en la cocina.

—Me alegro. Te mereces ser feliz, mala pécora.

—Soy feliz. —La sonrisa me tira en las mejillas—. No puedo serlo más.

—Se te ve radiante —añade Cris.

—Es el buen sexo, que te deja la piel estupenda.

Reímos y Ana me tira un trocito de pan.

—Mónica está feliz y bien follada, ¿podemos hablar de mi drama?

—¿Qué sucede? ¿Problemas con Elba?

—Elba es agua pasada. —Se arrellana en el sillón—. ¿Os acordáis de don Pablo, mi mentor?

—Fue el que te dio la oportunidad en el despacho, ¿no? —me aseguro.

—Sí. Yo era una cachorra recién licenciada, él me convirtió en su mano derecha, me enseñó todo lo que sé y me convirtió en la fiera que soy ahora.

—Haciéndote perradas varias por el camino, no lo olvidemos.

—Sí, y de esas son de las que más aprendí —dice señalándome con el *grissini* que sostiene en la mano a modo de varita—. El caso es que la está palmando.

—¡Hostia!

—Joder...

—Es lo mejor que le puede pasar, creedme, el cáncer lleva meses comiéndoselo. Ya me despedí de él y pasé ese duelo. Ahora estoy enfocada en su sillón. Soy la más veterana y la opción lógica para ocupar su sitio como socia.

—¿Cuál es el drama entonces?

—Pues que una tía del despacho de Madrid ha pedido el traslado aquí. Tiene la misma antigüedad que yo y está interesada en el puesto. Una fuente muy fiable me ha dicho que el gilipollas de mi jefe quiere ver una pelea de gatas y nos va a poner a competir por el asiento. Un sitio que debería ser mío por derecho. ¿Qué os parece?

—Que se viene una temporada interesante.

—Se vienen cositas —añado entre risas.

—Chicas, a la mesa —anuncia Alex entrando con una fuente enorme de lasaña vegetal.

Descorcho una botella de vino lambrusco y lleno las copas de todos antes de sentarme.

La lasaña está buenísima, todas coincidimos. Me encanta que a Alex le guste tanto cocinar y se le dé tan bien porque con mi ex es algo que siempre me tocaba hacer a mí y llegué a odiarlo.

—Por cierto, Mónica nos ha dicho que vas a reducir tus compromisos con la universidad para dedicar más tiempo a pintar —dice Cris.

—Sí, no quiero abandonar mis sueños.

—Los sueños están bien —añade Ana—, pero yo siempre me he guiado por la pasta.

—No es cierto —le aclaro a Alex.

—Yo aspiro a conseguir las dos cosas —dice él.

—Siento romper tu burbuja, pero el arte es de muertos de hambre.

—¡Ana! —la reprende Cris.

—¿Qué? Es cierto. Pintores, muertos de hambre. Escultores, muertos de hambre. Y por supuesto los escritores, esos son los más pobres de todos.

Alex se ríe.

—Yo también lo pensaba, pero ya no. Y voy a convertir en mi meta personal hacerte cambiar de opinión.

—Brindo por ello —asegura Ana levantando su copa.

La conversación sigue entre bromas y risas. Cuando todos estamos saciados de lasaña y Alex se levanta para recoger la mesa Ana me hace un gesto silencioso de aprobación.

Mis amigas han traído trenza de hojaldre de postre y la acompañamos con café y licores.

Cris comenta que ha visto un programa de televisión donde escenifican las muertes más absurdas posibles y empieza una competición sobre quién es capaz de imaginar el escenario más surrealista.

Alex está integradísimo en la onda de mis amigas y eso me hace sonreír.

Me relajo sobre la silla asistiendo al mejor espectáculo de humor negro de todos los tiempos.

Este es mi núcleo de apoyo. Mi círculo de confianza.

Mi familia de corazón.

Cuando llega el día de la presentación de mi tesis, Ana y Cris dedican los minutos previos a darle un buen masaje a mi autoestima.

—Eres la puta ama, lo vas a bordar, se van a caer todos de culo con tu poderío.

—Lo vas a hacer genial, los vas a impresionar, van a recordar tus palabras de por vida.

Alex me da un beso breve.

—Estoy orgulloso de ti. ¡A por todas!

Los tres se han sentado en primera fila y verlos me da confianza para subir al escenario y comenzar mi exposición.

Veo al profesor Grela asentir en varios puntos. Estoy tranquila y segura. Completo mi exposición sin contratiempos y encaro las conclusiones con aplomo:

—El poder de ese sencillo acto de amor es lograr que dos personas diferentes comiencen a ser una sola. Esa es la magia de un beso.

Agradecimientos

¡Gracias por haber acompañado a Mónica a lo largo de esta aventura!

Si quieres enterarte antes que nadie cuando publique un nuevo libro puedes suscribirte a mi lista de correo en:

adellabrac.es

¡Nos vemos allí!

Puede que te interese...



Lola vive su vida sin preocuparse por los demás y piensa que es feliz así, pero todo cambia el día que sufre un accidente de coche que la deja inconsciente varias horas.

Cuando despierta en el hospital, puede ver un halo de luz que envuelve el cuerpo de cada persona. Convencida de que se trata de una secuela pasajera, decide ignorarlo y recuperar su antigua rutina.

Pero las cosas nunca salen según lo planeado. Un desconocido, al que solo ella puede ver, llegará a su vida para desvelarle algo sobre su pasado.

Y este encuentro romperá para siempre su esperanza de regresar a la normalidad.

[¡Consíguela aquí!](#)